



**SS**

**SERVICIO  
SECRETO**

**PETER DEBRY**

**PECES DE  
PLATA**

Lectulandia

Primera de las entregas de un nuevo personaje, Daniel Sanders. Sus aventuras continúan en la n.º 16, «Los buitres negros».

Situada en la frontera entre EEUU y Canadá, en Seattle, la novela, ambientada en los años treinta, mezcla elementos de espionaje, la policía montada del Canadá, mundo del western —praderas, jinetes y broncos— y el cosmopolita e inquietante mundo del circo. El padre del protagonista, Daniel Sanders de Zurita —sangre de hidalgo y temple de yanqui— le debe recordar a su hijo que «estamos en el año 1930 y no en los heroicos tiempos de Zane Grey y James Oliver Curwood».

Un detective de la policía montada del Canadá, el inspector Graham Lefer, investiga un turbio caso de espionaje internacional. En una reyerta callejera irrumpe en escena el joven Daniel Sanders, un larguirucho parecido Gary Cooper hijo de un importante hacendado que, orientado por su padre, decide lanzarse al mundo a vivir aventuras. A causa de un accidente —se escapa un peligroso bronco salvaje— tiene la oportunidad de demostrar que es un excepcional jinete y es contratado por el circo Brand tomando el nombre artístico de Rex Fox. Allí entra en contacto con una compleja fauna: el lanzador de cuchillos mexicano, el salvaje domador, la sensual mujer del lanzador de cuchillos, el payaso. Se produce un asesinato en una de las caravanas y empieza una frenética trama policíaca pues la víctima era poseedora de unos importantes documentos y los malhechores creen que Sanders los tiene en su poder. La acción es trepidante y más cuando irrumpe en escena una bella periodista —Betty Blondel— que acompaña a Sanders en su aventura por los bajos fondos de Seattle. Al final se descubre una compleja trama de espionaje internacional en la que participaban alemanes, japoneses y americanos, Sanders ayuda a Lefer a detener a los malhechores —de los cuales habían sido asesinados un buen número de ellos— y se va con la compañía, en tren, a vivir nuevas aventuras...

Lectulandia

Peter Debry

# Peces de platino

**Bolsilibros: Servicio Secreto - 10**

**(Daniel Sanders - 1)**

ePub r1.0

jala y xico\_weno 28.12.16

Título original: *Peces de platino*

Peter Debry, 1950

Portada: Provensal

Ilustraciones: Macabich

Editores digitales: jala y xico\_weno

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



PETER DEBRY

# PECES DE PLATINO

1ª. EDICIÓN  
OCTUBRE - 1950

EDITORIAL  
Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA  
BARCELONA (6)



# CAPÍTULO PRIMERO

## EL POLVORÍN ESTALLA

Las aguas del Pacífico, penetrando hondamente por el Estrecho de Juan de Fuca hasta el puerto de Seattle, forman la barrera líquida entre el Estado de Washington y el Canadá.

Una barrera considerada frontera, y donde tiene por igual jurisdicción la policía del Estado y la Policía Montada del Canadá.

Graham Lefer, sargento de la Policía Montada, era considerado como el mejor cerebro policíaco de la frontera, y las propias autoridades de Seattle no vacilaban en consultarle cuando Lefer aparecía por el pintoresco y activo puerto.

Graham Lefer nunca contaba sus proezas. Era silencioso, eficaz y su ascendencia francesa le hacía ser levemente irónico, aun en los más trágicos momentos.

Disfrutó de un permiso de un mes y quiso conocer el Estado de Nueva York. Como consideraba que sólo un «novato» manifestaba sorpresa, siguió impasible cuando penetró en un despacho donde, sin más preámbulos, le dijeron que el «Federal Bureau Investigaron» estimaba muy favorable la visita que en vacaciones había hecho a New York.

Podía perfectamente coordinar su deber de sargento de las Reales «Chaquetas Coloradas» con ciertas pesquisas encaminadas a evitar el auge progresivo y constante del espionaje internacional en todo el litoral del estrecho de Juan de Fuca y la isla de Vancouver.

Graham Lefer aceptó el perder una semana estudiándose, con el mismo tesón que había estudiado el reglamento de la Policía Montada, un librito en que cada palabra tenía un significado muy distinto al normal.

Donde leía «tacos aserrados de diez pulgadas», traducía mentalmente «vigile buque noruego diez mayo». Fue la única prueba y examen que sufrió, porque en cuanto a capacidad física, inteligencia y sangre fría, llevaba veinte, años demostrando poseerlas plenamente.

Y regresó a su habitual escenario, limitándose a exponer que la vida en Nueva York no era tan saludable como en la ribera del Pacífico.

Cierto día abandonó uno de los «puestos» en que se hallaba declarando a favor de un forajido, al que estuvo persiguiendo sañudamente, por espacio de catorce días, a través de la llanura helada del Norte.

Declaró que había cumplido la orden de «cazarlo», pero que cumplía también con su deber de hombre «primitivamente sencillo», exponiendo pruebas que demostraban la inocencia del perseguido.

El juez, razonablemente, permitióse inquirir:

—¿Sabiendo que el procesado era inocente, por qué le persiguió y mantuvieron un verdadero combate, de resultados del cual el procesado está en la enfermería?

Una tenue sonrisa alentó en los ojos de Graham Lefer:

—Respetuosamente, recordaré al señor juez que me dieron orden de apresar al procesado; no de juzgarlo.

Abandonó el «puesto» porque le trajeron un mensaje telegráfico de Nueva York. La firma era de una casa comercial importadora.

Graham Lefer tradujo mentalmente lo que tenía todo el aspecto de un pedido comercial, referente a «frutas exóticas y a contratar un capataz llamado Jack Villers».

La traducción de lo que solicitaba el «F. B. I.» era:

*«Analice minuciosamente cuanto se refiere al Circo Brand próximo a llegar a Seattle, y cuanto se refiera o relacione con Jack Villers».*

\* \* \*

—Quietas las manos, Reginald, o le romperé la cara.

La advertencia, pronunciada, en tono cortés y casi amable, engañó por completo al que la oía.

No estimóla peligrosa, porque desconocía al joven alto y delgado que mirándole risueño, añadió:

—Estéticamente, sería una mejora.

Estaban ambos bajo una galería de madera, cubierta con tejado inclinado. El que acababa de empujar groseramente al joven, descendió con rapidez la diestra hacia su cinto.

Y sólo entonces comprobó prácticamente que la bien cortada americana de su antagonista no tenía, rellenos de algodón, como supuso, sino huesos, carne prieta y músculos.

Porque este torbellino de músculos, carne y huesos, en ágil y trepidante acción, le arrolló en doble puñetazo, y después de zarandearle por los brazos, levantólo en vilo y lo arrojó desmadejado, privándole de sentido al hacerle chocar contra las pilastras de la galería, en la cual se encontraron.

—Así está usted mucho más simpático, Archibald —dijo el forastero, restableciendo la simetría de sus solapas y recogiendo, luego, el sombrero de anchas alas, que se le había caído al iniciar su exhibición de musculatura acerada, capaz de tundir y lanzar a un matón que pesase ochenta kilos como si se tratara de un fardo de algodón.

—No se llama Reginald ni Archibald, joven —especificó un individuo, asomando el barbudo rostro a ras del alféizar de la ventana del establecimiento a que pertenecía la galería cubierta—. Ahora que aún está a tiempo, váyase y bendito sea por haberle sacudido esa gran paliza relámpago a este indeseable.

—¿Nadie le desea? —rió el joven, mirando hacia el que continuaba sin sentido.

—Es Jack Villers, ¿se entera?

—Gracias a usted, me entero, ahora, que se llama Jack Villers.

La cabeza del espontáneo informante desapareció súbitamente, como si una poderosa succión la hubiese deglutido.

El forastero cruzó los brazos con parsimonia, introduciendo, sus manos bajo el sobaco. Sabía el porqué el barbudo se había puesto a cubierto tan apresuradamente.

Dos individuos atravesaban a lo ancho la carretera, viniendo de la galería de enfrente, en cuyo tejadillo una gran pancarta anunciaba al que supiera leer; «Jack Villers. Bebidas y juego».

El cartel se ilustraba, para los analfabetos, con toscos brochazos de brea que a base de buena voluntad podían interpretarse como un barril, desbordante de cerveza y una reina de corazones.

Uno de los dos individuos que se acercaban, destacóse. Tenía un gran parecido con un orangután. Sus largos brazos iban encogiéndose hacia arriba.

Y el que iba siguiéndole parecía contagiado del mismo «tic» contráctil, porque también sus brazos doblábanse hacia atrás...

Los dos, taladraban con sus pupilas hoscas el semblante risueño del joven, que, reclinado contra el tabique de madera, permanecía inmóvil en el segundo escalón que daba acceso a la galería.

Semejaba la viva imagen de la indolente inocencia.

El hombre-simio se detuvo junto al cuerpo tendido de Jack Villers, que, sangrante por narices, oídos y boca, yacía atravesado sobre los tres escalones de la galería.

La diestra del que primero había llegado al pie de dichos escalones, se engarfió, cerrándose convulsivamente alrededor de la culata de la pistola que llevaba bien visible al cinto.

Imitóle el otro.

Secos, restallantes, como taponazos, sonaron dos estampidos. El fogonazo brotó como por arte mágico de los sobacos del joven, y en seguida vióse manar, lentamente, la sangre de la diestra de los dos que antes de disparar, arrojaron lejos de sí las pistolas, como si sus culatas ardieran.

Y la voz calma, cortés, casi amable del desconocido, aconsejó:

—No volváis a tentarme, queridos. Permaneced así. Manos juntas, en plegaria de gracias por seguir viviendo.

El gesto de los dos era el mismo. Mantenían en alto la mano herida, sujetándola amorosamente a la altura de la boca, y aplicando los labios en la hinchazón producido por el plomo candente.

Sus pupilas, siempre hoscas, miraban ahora con aprensión las dos pequeñas y planas «Derringer» que el joven mantenía rectas, apuntando a sus sienas.

Desde el suelo, galvanizado tal vez por el estrépito de los dos disparos, Jack Villers avanzó repentinamente los brazos y sus manos buscaron los tobillos del que le había vapuleado.

—Hay gente siempre insaciable —declaró con voz dolida el joven. A la par que hablaba, una de sus largas piernas distendíase y la puntera de su bota chocaba contra el pecho de Jack Villers, que como gigantesca pelota, botó hacia atrás, quedando de nuevo inerte ante los pies de los otros dos.

Los caserones de Jack Villers y del tendero barbudo se hallaban a la entrada del poblado de mineros, por la parte del llano, en la comarca fronteriza.

Eran las diez de la mañana y casi la totalidad de sus habitantes masculinos estaban en las minas.

Nadie transitaba y por esta misma razón se hicieron tanto más visibles los tres individuos que aparecieron por el extremo de la galería, en la que el joven seguía apuntando hacia el techo con sus dos pistolas.

Dos de ellos avanzaron hacia el grupo formado por el yacente Jack Villers y sus secuaces.

El tercero tocó en el hombro al joven. Ninguno de los recién llegados exhibía arma alguna.

Les bastaba con vestir la roja chaqueta de la Policía Montada, los picudos sombreros de ala rígida y los azules pantalones de montar con la franja granate.

—Lleve a estos hombres al cuartel, cabo —ordenó concisamente Graham Lefer—. Sacaron armas y tendrán que justificar el motivo.

El cabo hizo una señal indicando un punto vago al norte. Echó a andar tras los obedientes heridos, mientras el otro policía recogía del suelo las pistolas, y después cargaba con Jack Villers, enlazándolo por la cintura.

El sargento Lefer tendió la diestra. El joven, sonriente, depositó en la ancha palma las dos «Derringer».

Del interior del establecimiento en que se vendían desde cedazos y picos hasta enaguas y lápices de labios, surgió el barbudo que antes había informado voluntariamente al forastero.

—Yo lo vi todo, sargento Lefer. ¡Todo! —declaró vehemente.

—Yo también —sonrió el joven—. También lo vi todo; palabra.

El sargento Graham Lefer examinó al que acababa de hablar, con fría expresión. Su semblante expresaba claramente: «No me hacen la menor gracia los sinvergüenzas camorristas», pero sus labios dijeron:

—Hablará usted cuando le corresponda. De momento límitese a contestar a mis preguntas, ¿está claro?

—¿Es una pregunta o un axioma?

—Explique lo que vio y oyó, Ted —expuso Lefer, fingiendo no haber oído la

respuesta-pregunta a su conminación de silencio.

El tendero mesóse la barba con excitado alborozo.

—Estaba yo afilando la cuchilla del cortacarnes cuando vi a este joven acercarse silbando. En la galería acababa de entrar Jack Villers que, seguramente, venía a comprarme tabaco. Los dos llegaron casi al mismo tiempo, pero Villers un poco más retrasado empujó al joven. Y este caballero, que lo es, sargento Lefer; fíese usted de mi pupila porque cuando yo le echo las pestañas encima a un...

—Al grano, Ted —atajó fríamente el sargento.

—Pues, este joven, volviéndose, preguntó al que le había empujado groseramente dónde estaba el incendio. Villers, que es un bruto carente del sentido del humor, miró a su alrededor extrañado. Repitió este caballero su pregunta, añadiendo que aludía al empujón. Villers preguntó al otro si se las daba de gracioso, a lo cual mi joven amigo replicó que no se las daba de nada, sino que venía a comprar una maleta. Esta respuesta aturulló a Villers, que como es un matón indecente...

—Sin comentarios, Ted —atajó de nuevo el sargento Lefer.

—Total y para abreviar: Villers le dijo a este joven simpático que se apartará o de lo contrario le iba a escocer. Y la risita desdeñosa que obtuvo por respuesta encolerizóle. Fue a sacar la pistola... y ¡córcholis!, nunca he visto algo parecido, sargento. Fue lo más espléndido que cabe imaginarse. Eche usted un pedazo de papel en un ventilador funcionando y tendrá algo parecido a lo que le pasó a Jack Villers.

Por si su explicación comparativa dejaba lugar a dudas, el barbudo Ted señaló al desconocido, y añadió:

—Este caballero era el ventilador.

—¿Qué más, Ted?

—Vinieron los dos matones que le guardan las espaldas a Villers, y pretendieron amilanar a mi joven amigo. Iban a disparar, pero se les adelantó el caballero con dos plomos atinados. ¡Algo maravilloso, sargento Lefer!

Graham Lefer miró al joven, preguntando:

—¿Tiene algo que alegar en su defensa?

—Pues eso. Que me defendí.

—¿De dónde procede usted?

—Del rancho «Triple D».

—¿Licencia para uso de armas?

—No la llevo encima, sargento Lefer.

—¿A qué vino?

—A comprar una maleta.

—¡Las tengo magníficas, señor! —exclamó Ted—. Le proporcionaré a usted una de las mejores...

—¿Quién responde de usted y le garantiza?

—Raymond Sanders.

La mención del nombre del más acaudalado propietario que residía al norte de

Seattle, pareció aumentar la desconfianza del sargento Lefer.

Miró al barbudo tendero:

—Hágame el favor, Ted, de notificar al cabo Parker que me he puesto en camino hacia el rancho «Triple D». Si no he regresado al anoecer que se dirijan al citado rancho y dile a mi ordenanza que traiga inmediatamente aquí mi caballo.

Ted partió corriendo, no sin antes dirigir una mirada amistosa al que ahora pulíase las uñas contra las solapas de su bien cortada americana.

En silencio, el sargento Graham Lefer examinaba detalladamente la ropa del desconocido. Un blanco sombrero de ancha ala, sedoso, con cinta negra estrecha; larga americana de tela gris, cuyo corte y caída acreditaban un sastre excelente; un pantalón de montar, a la inglesa, ceñido a las rodillas con apliques de gamuza, y unas botas lustrosas, de anca de potro.

«Demasiada distinción para un vulgar vaquero», meditó Lefer, escrutando ahora el rostro del que silbaba tenuemente entre dientes, reclinado contra el tabique.

La bronceada piel hablaba de vida al aire libre. Los negros cabellos rizados y las densas pupilas del mismo color, maliciosas, delataban al extranjero, meridional o europeo.

«¿Un ganadero ingenuo o un redomado y cínico espía?», preguntó Lefer, sin hallar respuesta.

Al mirarle pensó en un polvorín. Blanco y pulido, pero que, cuando estallaba, dejaba fuera de combate a tres ejercitados matones como Jack Villers y sus dos secuaces.

¿Había sido simplemente una camorra...? En una de sus carpetas, estrictamente confidenciales y encerradas en la caja fuerte, el sargento Lefer poseía instrucciones, ordenándole vigilar con suma atención la posible infiltración de agentes del espionaje mundial, que elegían con preferencia la zona comprendida entre Seattle, Vancouver y el Canadá, en el litoral del Pacífico.

Además... estaba el reciente mensaje: «ANALICE MINUCIOSAMENTE CUANTO SE RELACIONE CON JACK VILLERS»...

## CAPÍTULO II

### SANGRE DE HIDALGO, TEMPLE DE YANQUI

Un ordenanza uniformado de rojo y azul, se acercaba tirando de la brida a un precioso potro blanco.

—Buen ejemplar, sargento —comentó el joven—. Ganaría concursos.

—Limítese a contestar. Cuando yo le pregunté. Monte su caballo y queda advertido que al menor intento de fuga, dispararé.

El joven agitó los dedos de la mano izquierda, en gesto burlón y encaminándose hacia el final de la galería, dobló la esquina.

Graham Lefer estaba ya a caballo y en la entrada de la bocacalle, mirando hacia el abrevadero.

El joven ensilló un hermoso ejemplar equino, de finos remos y poderosas ancas. Vino a colocarse junto a Graham Lefer.

—En marcha —dijo secamente el sargento—. Usted delante.

—¿Paso de cuatrero hacia la horca, trote cochinerero o galope alegremente gentil?

—Pique espuelas y al galope.

Calóse el joven su sombrero, mientras Lefer se ajustaba bajo las mandíbulas el barboquejo. Y el blanco corcel, avezado a largas carreras, siguió con cierta dificultad el incesante galopar rítmico e infatigable del negro caballo.

Quedó muy atrás el poblado de Copper Ribbon, al oeste de Seattle. Desfilaron los valles multicolores de la comarca del Blue River, y, coronada la cima de la colina Oaks Falling, presentóse a los ojos de los dos jinetes un panorama prodigioso.

Para el sargento Lefer el gran valle por el que serpenteaba el afluente principal del Blue River era un lugar tranquilo; entera propiedad de Raymond Sanders, al cual no conocía personalmente, ya que aquella demarcación pertenecía a otro destacamento de la Policía Montada.

Desde que había salido de Copper Ribbon empezaba a tener sus dudas. Si aquel joven, largo y atléticamente esbelto, fuese un espía, ¿hubiera cometido la imprudencia de llamar la atención sobre él, peleando?

Pero también pensaba que podían ser rivalidades secretas, y que Jack Villers dispuesto a buscar camorra, la conseguía.

Volvióse el desconocido sobre la silla.

—¿Puedo hablar sin ser preguntado, sargento?

—Detesto la fácil ironía, señor. Siga hasta el «Triple D». Si, como afirmó, le garantiza y respalda el señor Sanders, cesaremos de importunarnos mutuamente.

Valle abajo, el blanco potro del sargento recobró el resuello normal. En una

alameda franqueada de altos álamos, detuvo el joven su caballo color azabache.

—Aquél es el señor Sanders, sargento. Y perdone que hable sin ser preguntado.

En un cabriolé tirado por un alazán, un hombre alto, ancho y de severo rostro bronceado, acercábase.

Detuvo el carricoche al llegar a la altura del sargento Lefer que se había adelantado.

—Buenos días, señor. Soy Graham Lefer en misión de servicio. Permítame explicarle lo sucedido en Copper Ribbon.

Sucintamente relató lo que Ted, el tendero, había narrado en términos de caluroso elogio. Lo hizo con velado reproche.

Al final de su relación, preguntó:

—¿Usted, señor Sanders, conoce a este individuo?

—Desgraciadamente, sí. Es mi hijo.

Los pómulos del sargento Lefer enrojecieron y volviendo la cabeza:

—¿No pudo empezar por decirme quién era, señor? —refunfuñó enojado.

—Usted no me lo preguntó, jefe.

El sargento Graham Lefer prefirió conservar su sangre fría y después de colocar en el asiento del cabriolé las dos «Derringer», saludó marcial y cortésmente a Raymond Sanders.

Y marchóse sin saber aún si el hijo de aquel respetable ciudadano era un ingenuo o un cínico.

—Nunca fuiste a Copper Ribbon, hijo. Decías que era hediondo. ¿Por qué mil demonios fuiste hoy allá a armar camorra?

—Yo no, padre. Tú mismo dijiste que hay gente que aplica imprudentemente mechas a un polvorín que parece inofensivo. Había, pues, en Copper Ribbon tres imprudentes que me aplicaron la mecha y no tuve más remedio que estallar.

—Vamos a casa, Daniel. Tenemos que hablar seriamente. Estamos en el año 1939 y no en los heroicos tiempos de Zane Grey y James Oliver Curwood.

Suspirando, añadió Raymond Sanders:

—Le tomaste la cabellera a un honesto sargento. Presumo de conocer a la humanidad, muchacho, y, siendo tu padre, ignoro todavía si eres un cándido o un fresco.

—También yo lo ignoro, padre.

Raymond Sanders suspiró de nuevo, pero sus ojos sonreían y en su severo rostro los labios esbozaron una mueca.

—Fuiste a por una maleta y volviste con un policía.

—Él se empeñó en acompañarme.

—Hora es ya de que tome una decisión contigo.

—La he adivinado, padre.

—Así será, cuando en vez de ir como siempre en busca de besos de mujer, saliste de madrugada con la intención de comprar una maleta. Yo te prestaré la mía. Espero

que te traerá suerte. Mi padre no rico en bienes materiales, Daniel, pero poseía un tesoro espiritual muy valioso.

—Como tú, padre.

—Decía que un hombre no merece tal calificativo hasta que sin un céntimo en el bolsillo y por su propio esfuerzo, no recorre mundo y se labra una situación. Tienes que irte, Daniel.

—Ya me di cuenta que era necesario.

—Mézclate con todos los ambientes sociales, y una vez ahito, volverás aquí, sabedor entonces que la placidez y la Serenidad sólo se encuentran en este sano espacio de vida sencilla y natural. Hoy por hoy, eres un joven galán que mariposea con éxito; un polvorín ambulante. Pero si no te mejoras y endureces viviendo por tus propios medios, podrías convertirte en un despreciable señorito inútil.

—¡Eso no!

—Tampoco yo lo quiero... porque hasta hoy has sabido conservarte agradablemente simpático.

Poco después, en una de las grandes salas de la casa señorial, Raymond Sanders miró con melancolía un cuadro que representaba una hermosa dama, ataviada con vestido de noche.

Una femenina belleza de grandes ojos negros acariciantes...

—Sónsoles me aceptó por esposo porque sabía que, habiendo yo traficado en todos los oficios, nunca hice nada reprobable. Gustaba de decirme: «Eres un yanqui digno de ser un hidalgo».

Hizo una pausa Raymond Sanders para decir luego, roncamente:

—No me gustan los sentimentalismos, Daniel. Vamos a despedirnos ahora mismo, como si tal cosa; como si fueras a uno de tus paseos galantes. No te doy consejos ni te impongo meta. La Universidad de los demás son las aulas, la tuya será el mundo. Recórrelo. Viaja, lucha, sufre y sonríe siempre... Ya procuraré yo saber dónde te encuentres. Y cuando juzgue suficiente tu enseñanza, entonces... que pueda decirte: «Hijo; has hecho honor a tu temple de yanqui y a tu sangre de hidalgo».

Tendió Raymond Sanders la diestra, Daniel Sanders de Zurita, brillantes los negros ojos en húmedo fulgor, rió, aunque con carcajada temblorosa:

—Un abrazo, yanqui.

—¿Por qué no, español?

Y ambos, confundidos en recio abrazo, se palmotearon torpemente las anchas espaldas.

Bruscamente arrancóse Raymond Sanders del abrazo. Dio un giro para, vuelto de espaldas, contemplar el cuadro de la difunta Sónsoles de Zurita.

Y Daniel Sanders subió corriendo a sus habitaciones. Sobre la cama había una maleta abierta, conteniendo un traje, ropa interior, camisas, un par de botas...

En el reverso de la abierta tapa, con un grueso alfiler, estaba prendido un billete de mil dólares, y, colgante, una miniatura que en esmalte reproducía el cuadro del

salón.

Con un lápiz escribió Daniel Sanders a través del interior de la cubierta, mientras vaciaba sus bolsillos en la maleta.

Quedaron los forros vueltos hacia fuera.

*«¿Soy o no tu hijo, míster Sanders? No me llevo más que la miniatura. Dejo los mil, y los ochenta y tres dólares con veinte centavos que tenía en el bolsillo. Con la ropa puesta, sin maleta, y sólo con lo que tú llamas “sublime descaro”, emprendo el viaje. Cuídate, viejo, porque tú eres mi único cariño.*

*Daniel».*

A pie, con las manos en los bolsillos y silbando, aunque húmedas las pestañas, Daniel Sanders de Zurita llegó a la cima de la colina de Oaks Falling.

Y no quiso mirar atrás, al encaminarse hacia Seattle, porque necesitaba su valor para abandonar el idílico valle donde durante veinte años había vivido la existencia de hijo del multimillonario Sanders.

## CAPÍTULO III

### LA FAUNA INTERNACIONAL DEL CIRCO BRAND

Daniel Sanders palpóse las mandíbulas y la barbilla. Necesitaba un afeitado urgente. Sonrió al experimentar la novísima sensación de que hasta el aseo le estaba vedado, porque tenía el bolsillo vacío... y también el estómago.

Dolíanle los pies. Era un jinete acostumbrado a cabalgar desde los ocho años y la larga caminata a pie, desde el valle, hasta Seattle, había sido fatigosa.

Examinó sus polvorientas botas y las arrugas de su americana. Desde el malecón donde se hallaba distinguía, al frente, el ajeteo del muelle, con sus grúas giratorias y viajeras, los camiones yendo y viniendo, y oía los silbatos de los contraamaestres y capataces.

También divisaba, a su derecha, la larga hilera de umbrales ostentando frascos y viandas en los escaparates y las tiendas de ropavejeros y prestamistas.

«Un recurso demasiado fácil», pensó, al insinuarse en su mente, con qué rapidez, dejando su sombrero y americana, podría obtener para comer y afeitarse.

Saltó de la balastrada de hierro forjado y, limpiamente, cayó sobre la punta de los pies junto a un capataz, que respingó al ver a su lado a un sonriente y alto joven, que, por su repentina aparición vertical y descendente, parecía haber llovido del cielo.

—Buenas tardes, jefe. He oído decir que cuando se necesita un dólar no hay más que ofrecerse para descargar, Tengo bíceps y soplo. Levanto cien kilos si no me hacen cosquillas.

El capataz extrajo un lápiz de detrás de su pabellón auricular, y mojando la punta, lo esgrimió, a la vez que alisaba una hoja de un repleto block:

—¿Qué número tienes?

—¿De pies, cintura o de cráneo?

—Sin guasas. Te pregunto cuál es tu número de sindicato.

—¿Y eso qué es?

—Oye, guapo. No me hagas perder el tiempo. ¿Eres o no afiliado a la Unión de Cargadores?

—Debuto hoy. No he tenido tiempo de alistarme, y soy nuevo en el oficio. Lo que me urge es un dólar.

—A todos nos pasa lo mismo. Lo siento, hermano. Afílate y luego ven a verme.

Alejóse el capataz para denostar como un energúmeno contra un sujeto, con trazas de mendigo, que tumbado entre sacos se hacía el remolón para abandonar su cómodo hospedaje.

Daniel Sanders rascóse la sien, echándose hacia atrás el blanco sombrero, menos

pulcro desde que había servido de cubrecara, en la noche a la intemperie.

Echó a andar, y viendo un obeso sujetó cuyo panzudo estómago ostentaba un grueso cadenón de oro con dijes, y que estaba vigilando atentamente la descarga de un pequeño velero, pensó que bastaría un puñetazo preciso y no muy fuerte en el centro de aquella masa, y después una veloz carrera, para obtener la cantidad suficiente para sobrevivir varios días.

«El hambre es mala consejera, Daniel. Si vuelves a pensar así, tendrás que regresar a casita y decirle a tu padre que eres un niño inútil que tiene miedo a estar solo en la selva, indiferente de la civilización Actual».

Se detuvo ante una gran nave de cuya popa partían anchos maderos que, en declive, la ponían en comunicación con el muelle.

Por la pasarela deslizábanse largos vagones con doble juego de ruedas: unas eran gruesos neumáticos y otras recias ruedas de ferrocarril.

En explosivo color anaranjado lucían los vagones amarillos unas letras que ocupaban todo lo alto de los tabiques y en las que se leía:

### ***BRAND CIRCUS***

Iba formándose el convoy de vagones por disciplinados movimientos de un ejército de individuos, detonantes en vestido y fachas.

Interesado, olvidó Daniel Sanders su hambre y fatiga. El circo era siempre un espectáculo agradable.

También a cierta distancia, y vestido de paisano, Graham Lefer examinaba el desembarco del Circo Brand.

Uno de los vagones asomando por la caía de popa, levantado por poderosa grúa, mostró a través de sus rejas, varios felinos de sedoso pelaje.

—¡Rayos! —murmuró Daniel, jubiloso—. ¡Que me pisotee un búfalo si la gata roja no es una pantera de las de verdad!

Y, extasiado, fue contemplando la salida y descenso de varios vagones más, enrejados. Rió infantilmente, al divisar las muecas excitadas de un grupo de chimpancés.

Perneando en el aire, asido por cincha con larga y ancha correa, cuyo extremo giraba en la polea de una grúa, salió de la cala un potro, negro como el carbón, con largas crines, peludos trancos, y ojos de feroz expresión.

—¡Un «bronco»! —musitó Daniel, arrobado, admirando el salvaje animal sin domar.

Un individuo —en camisa y pantalones de montar— aguantando en su diestra el roncal y la pértiga, iba gritando desde el muelle y colocado debajo del oscilante caballo.

—¡Cuidado, mecánico! ¡Así..., poco a poco!

Estallaron varios gritos y un relincho. Al resbalar la correa, el caballo había quedado sobre sus remos, libre de amarras.

Encabritóse veloz y, mientras todos corrían para rodearle, pateó al que con el ramal y la pértiga trataba de lacearlo.

Los mismos que se habían lanzado a ayudar al desbravador, corrieron en sentido inverso.

El «bronco», relinchando con feroz alegría, agachó la cabeza, haciendo una corcova, preparatoria del galope con el cual disponíase a decir adiós al circo.

Daniel Sanders lanzó un agudo chillido ululante. Era su grito favorito, cuando ya a los trece años montó, sin permiso paterno, un potro recientemente cazado en la montaña.

Lo lanzó cuando su mano diestra estaba en contacto con las largas crines y sus dos tacones se clavaban en el vientre del «bronco».

En alto el sombrero, manteniéndolo por el ala con la zurda, fue aullando con entusiasmo mientras su indócil montura pasaba de la más agachada de las posturas a la más empinada de las corcovas en salto vertical y estremecedor.

Cuantos estaban en el muelle se parapetaron tras los vagones. El «bronco», rabioso por no haberse aún desprendido de la carga, se disparó hacia uno de los vagones con la sana intención de destrozar contra maderos y rejas al diablo que lo trataba con semejante falta de respeto.

Relinchó, en dolorosa y nueva sorpresa, cuando en sus belfos, unos, dientes que no eran los suyos, mordieron con fuerza.

El largo busto de Daniel Sanders permanecía inclinado y su boca mordiendo, hasta que el «bronco» volvió grupas, coceando los maderos del vagón.

Partió como una exhalación, volviéndose a detener cuando, de nuevo, a usanza de los indios —canadienses desbravadores—, Daniel Sanders repitió su mordisco.

—¡Aguanta!

—¡Espléndido salvaje! ¿Quién es?

—¡Está loco! Lo hará fosfatina.

—¡Echad un lazo, imbéciles!

—¡Vaya usted si tanto le urge!

—¡Bravo, aprieta, «Espárrago», que ya es tuyo!

La serie de exclamaciones surgía desde la protección de los vagones. Descargadores y mecánicos, camareros y marinos, habían acudido a la borda para presenciar la improvisada sesión de «rodeo».

El brazo con el cual hasta entonces Daniel Sanders sacudía el aire con su sombrero, descendió y quedóse inmóvil.

Tapaba los ojos del indómito potro negro. El animal abrió los remos, agitó la cabeza y, temblando de ancas, permaneció quieto.

Un muchacho acudió presto con un ronzal y dos lazos cortos.

—¡Aguante, «Espárrago»! —exclamó, jovial—. Yo le ataré las patas.

Daniel Sanders tiró de la crin al caballo que, cubierto de espuma, encabritóse. El recién llegado lanzó el lazo aprisionando al «bronco» por los remos delanteros.

—¡Bravo, «Espárrago»!

Empujó Daniel hacia abajo el cuello del «bronco», que coceó hacia atrás, quedando laceado, mientras de un salto desmontaba su improvisado jinete, que sólo tuvo que empujar al trabado animal.

Varios mozos rodearon al derribado potro. Los demás rodearon a Daniel Sanders, que aguantó en las espaldas una profusión de palmadas admirativas.

A empellones se abrió paso un individuo cetrino de largos bigotes engomados, con guías caídas.

—¡Cada cual a su trabajo, haraganes! ¡Andando!

Era un hombre pequeño, magro, de esclerótica amarilla. Todos le obedecieron prestamente.

—Soy Maxence Brand —anunció, con un deje de pomposidad, el poseedor del mostacho arcaico—. El propietario del circo.

—Encantado.

—Gracias por haberme evitado una hecatombe, una verdadera hecatombe, incluidas las multas que me habrían llovido si el demonio de «Satán» se escapa. Ya ha roto una clavícula a Storm, su montador. ¿Qué le pasa, muchacho?

Daniel Sanders, tambaleándose, se pasó la mano por la frente. Veinticuatro horas sin comer no son el mejor entrenamiento para montar un «bronco»...

—Venga, venga —invitó el dueño del circo—. Un trago de *brandy* le sentará de perlas. ¡Curt! —llamó hacia un gigantesco sujeto—. Cuídate de la gente. Venga conmigo, joven.

El vagón que estaba en cabeza tenía la portezuela abierta y dos peldaños recorridos.

El interior era un magnífico despacho, y al fondo un diván-cama. Multitud de retratos de artistas circenses tapizaban los tabiques, cuyas dos únicas ventanillas eran las taquillas.

Maxence Brand señaló un sillón de cuero almohadillado.

—Siéntese —y a la vez cogía una mediada botella de «Camus» y escanciaba una gran copa—. Beba.

—Si tanto porfía y me da a elegir, preferiría un par de bistés metidos en una olla rellena de patatas fritas.

—¡Li-Han! —aulló Maxence Brand, asomándose a la puerta—: ¡Buscadme a ese condenado hijo de Confucio, y que ahora mismo me traiga acá un copioso almuerzo! ¡Pronto!

Regresó el dueño del circo Brand junto al sillón. Miró, entornados los párpados, a Daniel Sanders.

—¿Trabaja, amigo?

—Hasta hoy, no. Pero quiero tener el estómago lleno.

—Magnífico. ¿Quiere ganar dinero o no le hace falta?

—Me urge.

—Comida, techo, cama, viajes, y un dólar diario si tarde y noche, durante tres minutos, monta a «Satán» y a «Terror»».

—Con estas condiciones monto una ballena.

—Trato hecho. ¿Papeles en regla? ¿Nada de policía ni fichado?

—Soy un honesto vaquero ocioso.

—¿Se llama?

—Daniel... Coppler.

—No sirve. Necesitamos nombres silábicos y explosivos. Veamos... Dark... Guy... Ivo... Tienen que ser dos nombres detonantes... Re... Rex...

Por delante de la abierta puerta pasó una jaula conteniendo zorros:

—¡Rex Fox! —gritó, inspirado, Maxence Brand—. ¡Usted se llamará de ahora en adelante Rex Fox!

Graham Lefer paseaba meditabundo. Primero una pelea con Jack Villers. Ahora, introducido en el Circo Brand... Tenía que vigilar estrechamente a aquél, joven, por más que fuera hijo del multimillonario Sanders.

## CAPÍTULO IV

### REX FOX

—Bueno. Me llamo Rex Fox, si me da jabón, una toalla, una brocha y una navaja de afeitar.

Maxence Brand, asomándose a la puerta, aulló:

—¡Pancho! ¡Que venga en seguida ese condenado mejicano! ¡Con los cacharros de afeitar!

Volvióse el diminuto y dinámico mostachudo. Miró fijamente al que sonreía, divertido.

—Has hecho fortuna, Rex Fox. Montas como un centauro y tienes tipo de Gary Cooper. Quédate aquí; que te afeiten, come hasta reventar y después irás al vagón número siete. De ahora en adelante será tu hogar. ¡Ah! Y toma esto.

Del bolsillo sacó Maxence Brand un rollo de billetes. Desprendió tres de a dólar.

—Por tu oportuno salto encima de «Satán». Hasta luego, Rex.

Quedóse Daniel Sanders enrollando entre sus dedos la «generosa» propina. Tardó unos instantes en comprobar que alguien estaba en la puerta por la que habíase ido Maxence Brand.

Era una mujer. Alta, esbelta y de prietas curvas. Sus negrísimos cabellos caían en cascada sobre sus hombros, recubiertos por una blusa de roja seda.

Era provocativa desde los lazos de los negros zapatos de charol, de altísimo tacón, las medias eran grises oscuras, hasta la ceñida blusa y la no menos prieta falda negra.

Sus mórbidos labios sonreían voluptuosamente. Apoyóse contra el quicio y sus grandes ojos verdosos detallaron al que, levantándose, hizo un breve saludo.

Ella habló con voz gravemente modulada, de bajo diapason:

—Siéntese, Buffalo Bill. Me llamo Leonor, experta en danzas orientales y estatua viviente, ribeteada de puñales. Seguro que ya Maxen le ha cazado, ahora que ha quedado estropeado su *cow-boy* de pega. Tiene usted buen sastre y mejor percha.

—Favor qué me hace, Leonor —dijo Daniel, risueño, sentándose.

—No vale —dijo ella, con mohín de fingida decepción—. Los vaqueros han de ser forzosamente tímidos, apasionados y taciturnos.

—¡Ahueca, vampiresa! —Gruñó, entrando, un individuo lustroso, de cara ancha y mirada siniestra.

Por los utensilios que en la mano llevaba identificábase como el llamado Pancho.

—Me voy, porque este «grasoso» es un hediondo —declaró Leonor, con aire de reina ofendida—. Nos veremos, «Nevada».

Desapareció, tras dedicar a Daniel Sanders una ojeada prometedora y un avance de labios en forma de beso.

Pancho había colocado sobre la mesa el plato de goma, con agua, la brocha y dos navajasafiladísimas.

—Hola, amigo. Yo soy Pancho... y la que acaba de salir es mi esposa, ¿sabe?

—Tanto gusto —replicó Daniel Sanders, mirando de reojo y con recelo las dos navajas.

—No le haga caso a Leonor, ¿sabe? Es buena chica, pero lee demasiadas revistas de cine. Hace dos días que se siente mujer fatal. La semana pasada le tocó el turno a «la doliente doncella del castillo» de la película «El lamento de la secuestrada», y se las pelaba, llorando que era un gusto.

Aplicó la brocha enjabonada al rostro de Daniel y frotando con vigor, lucían sus blancos dientes al decir:

—Yo soy el que arroja los cuchillos contra el tablero donde Leonor pierde falda y blusa. Y en las danzas orientales, con el turbante y un bigote estrechísimo, soy el tamborilero. Vagón número dos. No me diga nada. Usted va al número siete, con el bruto de Storm y el cretino de Candy. Se divertirá, amigo. ¡Vaya que sí! A mí se me da que Storm anda metido en líos de espionaje o de tráfico de drogas. En fin, en algo sucio. ¿Cuál es su gracia de usted?

—Rex Fox.

—«Zorro Rey» —dijo, en español, Pancho—. Aquí ¡no hay más rey que Maxen y en cuanto a zorros abundan! Yo soy un pesimista, ¿sabe? Porque tengo vista. El mundo es un asco. ¿Le gusta muy repelado o solamente suavito?

—Me gusta conservar la piel, ¿sabe?

Pancho mostró los dientes, en sonrisa siniestra.

—Vaya... Usted es un vaquero de los graciosos. Lo lamento. Ya tendrá tiempo de ponerse triste antes de que el «Brand» llegue a San Francisco. Este circo es un infierno. Todos son unos desconfiados. El mismo Storm le va a mirar a usted muy mal. Se le antojan polizontes o agentes federales cuantos rondan. Un mal sujeto. Y no es que me guste chismorrear, no, pero... Es que este circo es un infierno. Yo en su lugar me largaría a otra parte, ¿sabe?

—Pero el que está en mi lugar soy yo, ¿sabe?

—Todos son unos envidiosos marrulleros y embusteros. Y ellas... ¡Ah, más vale no hablar de ellas! En buen lío se ha metido usted, Rex Fox. Y oiga... —Inclinóse mientras su diestra afilaba la navaja, chasqueándola sobre la correa tendida desde el pomo del sillón, junto a la mejilla de Daniel—. No haga caso de Leonor, ¿sabe?

—Las esposas de los demás son para mí, espantapájaros.

—¡Excelente definición! ¡Usted es un tipo cabal!

Empezó el afeitado. Las manos eran ágiles, suaves. «Manos de fullero», pensó Daniel Sanders.

—Y tampoco haga caso de los que le digan que yo hago trampas al póker, ¿sabe?

Es pura envidia de los malos jugadores que no saben perder. El mundo es un asco. ¿Usted, qué opina?

—Que tiene usted toda la razón.

—Permiso —dijo una voz meliflua.

Li-Han, chino del Norte, alto, vestido de mono azul, no tenía de oriental más que los rasgados ojos.

Depositó una bandeja con platos que contenían una tortilla, fiambres y dos chuletas con patatas. Una botella de cerveza ocupaba el centro.

—Permiso —repitió. Y se fue.

—Es un charlatán —dijo Pancho, riendo—. Pero gran amigo mío, ¿sabe? Escucha con mucha atención y es pesimista como yo. Un tipo listo. ¿Qué tal, Rex?

—Nuevo —aprobó Daniel Sanders, pasándose la mano por el rostro que acababa de secar el mejicano con una toalla.

Y acto seguido, acercóse a la bandeja.

—¡Guanajo! —exclamó el mejicano—. Tendrán que hacer como con la jirafa. Abrir el techo del vagón para que pueda usted andar erguido. Buen apetito, Rex.

A solas, devoró Daniel Sanders con verdadera fruición. Y al terminar, liando un cigarrillo del tabaco contenido en una caja sobre un estante, exhaló un hondo suspiro, satisfecho.

Era un día señalado e importante. Había ganado tres dólares y tenía un empleo. Era, pues, un hombre útil.

—¡Cáspita! —murmuró, alelado, mirando con asombro el suelo del umbral.

Veía una bola humana. Una bola que mostraba una cabeza calva por entre uñas piernas cuyos pies apuntaban hacia el techo.

Y dicha cabeza habló:

—Soy Alvin Sneak, el hombre serpiente, el hombre de goma. Espero que no lo pondrá en duda, compañero.

Elásticamente se deshizo la bola, y en pie, un hombre, alto tendió un largo brazo de ancha mano:

—Hola, compadre. Me envía Maxen. A las siete y media saldrá usted a la pista. Su número y lo que le toca hacer se lo explicará Candy, el muchacho pecoso. Dice Maxen que es mejor que se tumbe a dormir en el vagón siete, mientras nos instalamos en la avenida de Lafayette. ¿Le acompaño?

Los ojos pardos del hombre-serpiente tenían reflejos humorísticos. Estrechó Daniel Sanders la diestra, con simpatía. Instintivamente, gustóle aquel individuo.

—Me llamo Rex Fox. Y Maxen lleva razón. Tengo sueño.

Poco después, ante la puerta de un vagón que llevaba el número 7, Alvin Sneak agitó la mano.

—Ahí tiene su hogar. Yo soy inglés y desmiento la regla que nos supone fríos, reservados y poco comunicativos. Me gusta usted, porque es novato y se le ve francote.

—Gracias, simpaticote.

Rió el inglés de la calva cabeza.

—Debo ponerle en guardia contra dos tipos peligrosos.

—¿Pancho y Leonor?

—Pancho es un charlatán inofensivo. Leonor, según se levante, interpreta un rol. Tiene ansias de llegar a Hollywood. No es mala ni lo que aparenta.

Bostezó Daniel, deseoso de tumbarse a dormir.

—¿Qué tipos?

—Li-Han, el chino, y Hank Storm, su compañero de vagón. Felices sueños, Rex.

—Esto procuraré, Alvin.

Empujó Daniel la puerta. Un interior obscurecido. Una mesa, tres sillas, un lavabo, dos divanes y, al fondo, tres cajones en sentido longitudinal, donde en uno de ellos, «Satán» masticaba cebada. Otros dos caballos, cada cual en un cajón, le imitaban.

Aquello olía a heno, estiércol y sudores humanos.

Daniel Sanders se tendió sobre un diván, con otro suspiro de gran satisfacción. Empezaba a vivir.

Cubrióse el rostro con el sombrero y cruzando las manos sobre el confortado estómago, abiertas las piernas, cerró los ojos.

Aunque le colgaban los pies y se apoyaba en la parte posterior de las rodillas, a los pocos segundos el sombrero alzabase y descendía a ritmo lento; y los tres caballos irguieron las orejas, porque no conocían el timbre de aquel beatífico ronquido.

Pero reanudaron su tarea de mover las quijadas. El «desbravador» era un personaje que, en el circo, cambiaba con frecuencia.

## CAPÍTULO V

### ENTRE BASTIDORES

El circo Brand estaba ya montado y a punto de empezar su funcionamiento, dos horas después de haber desembarcado.

—¡Pasen sin estrujarse, señoras, caballeros, niños y niñas! —vociferaba Alvin Sneak, encaramado en lo alto de un estrado, junto a la gran entrada.

Vestía roja librea y cubría su cabeza con gorro de granadero inglés.

—¡Agobiado por súplicas constantes de todas las capitales, el «Brand» sólo podrá actuar esta tarde y esta noche! ¡Dos maravillosas exhibiciones que recordarán años y años! ¡Unos precios irrisorios! ¡Sacuda unos centavos y verá lo nunca visto!

La banda atacó con vigor una marcha, donde los cobres y los tambores funcionaban con belicoso estruendo.

Alrededor del entoldado, de grandes fajas amarillas y rojas, se apiñaban los habitantes de Seattle.

En otro estrado, muy concurrido, Leonor mimetizaba con lánguidos y voluptuosos vaivenes una danza hawaiana.

El interior del coso iba llenándose. Los diez vagones formaban cuadro inviolable junto a la entrada posterior, por donde las bambalinas y los cortinajes daban acceso a la pista.

Los vagones de rejas mostraban su contenido zoológico, a quienes habían adquirido entrada que les permitiese pasar al entoldado adjunto al de la pista circular.

Reinaba el bullicio y la algazara como prólogo al animado espectáculo. Iban encendiéndose los focos y arcos voltaicos. Los acomodadores, que eran mozos de cuadra y limpieza, vestían con elegante prestancia sus uniformadas galas.

Los vagones, formando cuadro, habían abierto las portezuelas centrales. En el número 7 un muchacho pecoso, desgarrado, y de pelo color panocha, extendía sobre uno de los divanes unos zahones de cuero, una camisa azul y un pañuelo rojo.

Depositó también unas largas espuelas grises plomo.

Iba y venía silenciosamente. El sombrero cubriendo el rostro de Daniel Sanders se inmovilizó.

El joven se incorporó desperezándose y el muchacho pecoso precipitóse a recoger el sombrero que se había caído.

—Hola, «Pecas». Si me falla la memoria, corrígeme. Tú eres el que me llamabas «Espárrago».

—Sí, señor. Pero ahora ya sé que se llama Rex Fox.

—Arman por allá un ruido infernal. ¿Qué pasa?

—Son las siete, señor. Va a empezar la función. A las siete y media usted entra en pista.

—Yo entraré. Pero ¿y éstos? —señaló Daniel Sanders a los tres caballos, mientras se dirigía al lavabo, quitándose la arrugada americana y la camisa.

—Los cajones tienen ruedas y así los llevamos hasta la pista. Después... usted los monta, uno tras otro... ¡y los montará! ¡Caramba, qué músculos tiene usted, señor!

Frotábase Daniel con vigor el cuello. Barbotó, cegado por el jabón:

—Los tengo que devolver porque me los prestaron para venir al circo. Échame agua en el pescuezo y llámame Rex.

—Sí, señor Rex —y maravillado miraba el muchacho de vez en cuando, hacia la percha, donde las dos pistolas planas y cortas estaban enfundadas en los tirantes, colgando entre la americana y la camisa.

Iba, a la vez, vaciando un cubo sobre la cabeza del inclinado Daniel. Enderezóse éste, cogiendo la toalla que le tendía el pecoso.

—Tiene que vestirse esta ropa, señor Rex. Le vendrá corta, pero dice Maxen que sus botas son largas. Las espuelas son de goma.

—¿El suelo es también de goma?

Rió el muchacho y su enorme boca, al dilatarse, mostraba una expresión de idiota.

En el umbral un individuo de piernas zambas, apareció, brazo en cabestrillo, pálido y cejijunto.

—¡Largo de aquí! —dijo, secamente, mirando al pecoso.

—¿Por qué? —replicó Daniel Sanders, conteniendo por el hombro al que se apresuraba a obedecer—. Me está instruyendo, que buena falta me hace y lo necesito aquí.

—Soy Hank Storm. No podré montar hasta dentro de una semana. Procure, pues, ahorrar el sueldo que le darán. Parece que todos babean hablando de lo bien que monta usted. Tengo curiosidad por verle en la pista. No es lo mismo sorprender a uno de esos brutos que montarlo a sangre fría. ¡Quita estos trapos de mi cama, cretino!

Se dirigía a Candy, pero Daniel Sanders adelantóse y recogió los zahones, la camisa, el pañuelo y las espuelas.

—Para su conocimiento, Storm, absténgase de llamarme cretino, porque me llamo Fox. Y para que no queden dudas, pongámonos de acuerdo. A mí me gusta más la verdad que la leche con migas. Mientras yo le substituya, no le chille al pecoso. Duerma, descanse, coma y escupa, pero no me aplique la mecha, porque reviento pronto.

—¿Mal genio y matón, eh? —sonrió, desagradablemente, Hank Storm—. Ya hablaremos dentro de seis o siete días. Me han encajado la clavícula y no tengo nada roto. Tendré sumo placer, por entonces, en hacerle saber a usted quién soy yo.

—No hace falta esperar tanto para darse cuenta que es usted el prototipo del tío antipático... y perdone la manera de señalar.

Candy oíales tragando saliva. Hank Storm tumbóse, en el diván. Gruñó:

—Dejemos la conversación para otro día. ¿Oye, jovencito?

Mientras, Daniel iba colocándose los zahones por encima de sus pantalones de montar. Enfundóse la camisa y rodeó su cuello con él pañuelo de vivo color rojo.

Candy ajustóle las espuelas de goma.

—Vámonos fuera, pecoso. Aquí huele mal desde hace unos instantes y fuera me explicarás lo que va a ocurrir.

Ya en el centro del cuadro de vagones, Candy musitó:

—Gracias, señor. Muchas gracias.

Temblaba su voz y en sus ojos alentaba una muda pero ferviente adoración de primitivo frente a su «tótem».

Daniel Sanders pasó los dedos por los rubios cabellos apanochados del muchacho.

—¿Por qué, buen mozo?

—Es la primera vez... que alguien me defiende. Este Storm es un bruto, y nadie se atreve a chistarle. Oiga, señor Rex, yo no soy malo. Se lo juro. Pero dentro de seis o siete días rómpale usted el otro hombro a Storm, y así... seguirá usted en el circo.

—Estudiaré con suma atención tu sugerencia, pecoso.

—Me llamo Candy, pero me da alegría que me llame usted así, señor Rex.

Iban surgiendo de los vagones seres extraños. Payasos, árabes, elegantes de frac y chistera.

Pero Daniel Sanders, silbando prolongadamente, admirado, contemplaba las esculturales muchachas que, calzando botas blancas, pantalón cortísimo blanco y casaca roja, iban alineándose en dos hileras junto a la boca, cubierta por una cortina.

—Son las «teloneras» —explicó Candy—. Luego cada una de ellas forma parte de varios números. Una de ellas es la que en la pista le dará el sombrero y la fusta. ¡Aquélla! La pelirroja Lizzie... la que le sonrío y guiña. Oiga, señor Rex, yo no soy chismoso, pero le aseguro que usted hará estragos. Todas preguntan por usted y Loretta dijo que se parecía usted a Gary Cooper, pero en mejor, porque tiene «más ojos». Eso dijo Loretta.

—Lo celebro. ¡Cáspita! ¡Qué cromo!

Una mujer rubia, opulenta, vestida con largo traje de lentejuelas, acercóse, acompañada de un hombre vestido de frac.

—¡Bah! Son los «juegos de manos» —definió, desdeñoso, Candy.

—Me dejo.

—¿Cómo dice, señor Rex?

—Que permito que ella me haga todos los juegos de manos que quiera. ¿Es su esposo el que va con ella?

—¡Oh, no! Son teloneros. El esposo de ella es el domador de tigres.

—A tal dama, tal señor. Tiene algo de tigresa.

Las muchachas desaparecieron, mientras dos payasos mantenían abiertas las cortinas. Restallaron los platillos y redoblaron los tambores entre agudos toques de

clarín, cornetas y trombón.

El prestidigitador ajustó las solapas del frac. Ella, en un espejito, retocó el profuso maquillaje.

Daniel Sanders, interesadísimo, recordó de pronto algo.

—Vuelvo en seguida, pecoso. Espérame aquí.

Quería esconder sus dos «Derringer». Al entrar en el vagón, vio a Hank Storm vuelto de cara hacia el tabique.



*La puntera de su bota chocaba contra el pecho de...*

Mirando de soslayo al hombre que le parecía estaba durmiendo, Daniel Sanders colocó los tirantes sobaqueros entre el somier y el colchón. Ni una sola vez percibió el menor movimiento en el robusto corpachón de Hank Storm.

Volvió a salir, pisando leve. A su encuentro avanzaba Maxence Brand. Agitó las manos, señorial en su levita gris, su pechera almidonada, su sombrero de copa, sus relucientes botas y el blanco pantalón de montar.

Llevaba bajo el axila izquierda un largo látigo.

—Tengo tres minutos —exclamó, sudándole el labio inferior—. ¿Sabes ya lo qué tienes que hacer?

—Montar.

—Entrarás corriendo, sin prisas, así, deportivamente —y Maxence Brand dio su particular concepto práctico de un corredor deportivo.

Pasaban payasos, mascullando enojadas imprecaciones:

—Vigila más tus puntapiés, gordo.

—Aparta a tiempo tus sentaderas, palomino.

—Y entrarás cuando me oigas gritar: «¡Rex Fox, el centauro moderno!». La

pelirroja te entregará este sombrero... ¡Eh, Candy! Toma este sombrero. Bien, Rex, no hace falta que te diga que sonrías, porque eres el risueño personificado. Actuarás en jaula.

—¿Eh?

—Las primeras filas se asustarían si galoparas en pista libre. Debes procurar no chocar contra los barrotes. Soltarán primero a «Satán». Ya lo conoces. Te subirás al chiquero, y cuando descorran la puerta, aúlla como hiciste. Ponía la piel de gallina y hace mucho efecto. ¡Voy, ya voy!

Corrió Maxence Brand porque entraban los prestidigitadores, despedidos con escasos aplausos.

En tropel, mozos, llevando tapices y cuerdas, penetraron en la pista, acompañados por los ruidosos payasos.

—¡Cáspita! —murmuró Daniel Sanders.

Era extraño. Pero ahora, lejos del vagón número 7, encontraba algo raro en Hank Storm.

Un hombre que duerme respira... Y la inmovilidad de Hank Storm era completa.

El vagón siete formaba un extremo del más largo lado del cuadro, dando frente a la entrada a la pista. Por su parte posterior, cuatro mozos, antes acomodadores, hacían rodar, en un ancho madero en escuadra, uno de los cajones-chiqueros conteniendo un alazán de fieros ojos estriados de venas y sangre.

En el interior del vagón, otros dos mozos empujaban los rodantes y estrechos cajones. Permaneció Daniel en el umbral. Tras él, en el segundo peldaño, inquirió Candy:

—¿No quiere ver al hombre de goma, señor Rex?

—Ya lo vi. Espérame allá. Vengo en seguida.

Desaparecían los dos mozos, empujando el tercer cajón. Cerraron, la puerta posterior. Daniel Sanders silbó entre dientes, chasqueó los dedos, tosió... Hank Storm no se movía.

—Ande, hombre. No sea rencoroso —dijo Daniel, avanzando—. No le pregunto si duerme, porque me contestaría con toda la razón que soy un imbécil...

¡Nueces!

Inclinado, Daniel Sanders sintió que el pañuelo le apretaba la garganta y su saliva convertíase en nudos correosos, difíciles de tragar.

Junto al cabestrillo extendíase una mancha roja.

Y en el lado izquierdo del brazo sobresalía un mango de blanco marfil, cuya hoja de acero estaba incrustada en el corazón del desbravador.

—¡Nueces! —musitó Daniel Sanders, incorporándose, después de aplicar su palma en la sien del muerto.

Hank Storm seguía de cara a la pared. Daniel Sanders anduvo como un sonámbulo hasta salir del vagón. Había visto a muchos hombres muertos en reyerta. Estaba acostumbrado a violencias, pero nunca contempló la imagen de la muerte,

traidora y sin ni explicación.

Un payaso interpelólo:

—¡Eh, mira donde vas! ¿Viste fantasmas?

—Tres minutos —resopló Maxence Brand a su lado—. Cuando hayas cansado a «Satán» y no emplees más de un minuto, que Candy te lo indicará con un silbido, hazlo encabritar para que puedan lacrarlo. ¿Comprendes, Rex? Encabríalo.

—Trate usted de no encabritarse, Maxen, En el vagón 7 está Hank Storm de cara a la pared, con un puñal en el corazón. Puede apoyarse en mí. Respire hondo.

—¿Es... tá, muer... to?

—Intente usted vivir con un puñal atravesándola el corazón.

—¿Quién... lo... ma... tó?

—¡Yo, no... y tampoco Candy. Estaba Storm, muy vivo y hasta molesto, cuando salimos del vagón!

—¿Se ha ente... rado alguien?

—Usted, yo... y el asesino.

—No diga nada ¡por favor! Los periodistas, la policía... ¡la hecatombe! No diga nada. Yo lo arreglaré... ¡Voy, ya voy!

Maxence Brand salió corriendo hacia la pista, para presentar a grandes bramidos, algo temblones:

—¡Leonor, la Venus impasible! ¡Leonor, la que sin pestañear recibe... puñales!

La última palabra llegó desde la pista, sorda, amortiguada por los redobles del tambor. Redobles que para Daniel Sanders sonaron como el principio de una marcha fúnebre.

## CAPÍTULO VI

### LA RUTA DE LOS CHEYENES

Pasó Leonor, contoneándose, muy oriental con su sostén y *slip* de satén negro, envuelta en transparentes gasas rosas y calzando babuchas. Tras ella, Pancho, convertido en un chino, guiñó siniestramente.

Candy, acercándose, le dijo a Daniel:

—Después le toca a usted, señor Rex.

—¡Cáspita, no! —exclamó Daniel, que estaba pensando en Hank Storm.

Y dándose cuenta del sentido de la frase de Candy:

—No hagas caso, pecoso. Estoy algo nervioso. Hay mucha gente.

Candy, alzando un extremo de tela, que colgaba en la lona del entoldado, dejó al descubierto una Rendija.

—Un mirador. Ve a, señor Rex.

Miró Daniel Sanders. Apercibía a Leonor ejecutando una danza muy apetitosa, según él, y divisó, también, un tablero inclinado.

Pero no veía más que un mango de marfil ensangrentado. Aún sentía en la palma la frialdad, sin latidos, de la sien de Hank Storm.

Maxence Brand vino a su lado, presuroso:

—No digas nada, Rex. Yo lo arreglaré.

—No podrá. Está muerto.

—Quiero decir que evitaré el descrédito y las molestias. Visitaré al jefe de policía. Pero si cundiera la noticia entre los míos... ¡la hecatombe! Prepárese, Rex. Usted sigue en la pista y montan las jaulas en sesenta segundos. Recuerde, un minuto a lomos de «Satán» y al oír el silbato encabritelo. Otro minuto sobre «Terror» y si los aguanta, al tercer minuto le parecerá estar en una mecedora, porque «Lucifer» está resabiado y obedece, aunque parece el más salvaje y de menos doma de los tres. ¿Listo?

—¡Qué remedio queda!

Desapareció Brand. Una pelirroja pasó, agitando el sombrero blanco de anchas alas.

—Suerte, Rex.

—Gracias —replicó Daniel, maquinalmente.

No vio pasar a Leonor y a Pancho. No vio desaparecer hacia la pista a Maxence Brand.

Le empujaron por el codo. En la pista se oía:

—¡Fox, el centauro moderno!

Avanzó corriendo lentamente, en larga zancada. Tras él cerraron una reja. Los focos le cegaban. Oyó silbidos, aplausos, abucheos...

Crepitaban las cáscaras de cacahuets bajo los pies impacientes de los cientos de espectadores.

Sonriente, saludó alzando la mano donde ya la pelirroja había colocado fusta y sombrero.

Visto desde la pista, el público le parecía una serie decreciente de anillos, conteniendo cabezas decapitadas.

—¡El pasmo del siglo! —vociferaba Maxence Brand—: ¡El jinete loco!

«Exacta definición», pensó Daniel Sanders, mientras maquinalmente se encaramaba al cajón, después de entrar por un boquete lateral de la gran jaula, precedido por la pelirroja que le invitaba con siseos.

Reinó un repentino silencio. Descansaron los músicos. Un tambor redobló, cortando en seco el repique.

—¡Ahí va! —gritó Candy.

Encontróse Daniel Sanders como si entre sus piernas hubieran colocado un proyectil. Y el instinto de conservación y su personal placer de jinete, le hicieron asir el pomo de la diminuta silla, clavando sus tacones en los ijares de «Satán».

Aulló agudamente, a cada vez que el potro bronco parecía querer saltar hacia el techo. Agitaba el sombrero y reía jubiloso. Lo había olvidado todo.

Ya no existía ni el circo, mi Hank Storm, ni el público.

Sólo había un caballo, rabiando por desprenderse de una carga, barras de hierro y sus piernas formando argolla.

Estridente sonó un silbato, y Daniel alzó el morro de «Satán». Saltó al suelo, al caer laceado el bronco por Candy.

Hervía su sangre. Ni siquiera oyó la salva de aplausos ni los gritos excitados de algunos muchachos, que trataban de imitar su grito de piel roja.

Encaramóse en el segundo cajón, mientras cuatro mozos llevábanse a «Satán», que relinchaba y coceaba.

Repitió por dos veces su frenética exhibición y cuando se llevaban a «Lucifer» saludó, sacudiéndose la cabeza y peinándose a la vez.

Percibió el sabor de sangre en su paladar, silbidos en los tímpanos, y llevándose la mano a la nariz la retiró sangrienta.

Pensaba en Hank Storm cuando de nuevo volvió a ver los anillos de cabezas decapitadas, que chocaban ahora incansablemente las palmas.

Acudió la pelirroja:

—¡Salude, Rex! ¡Se ha metido en el bolsillo a la plebe!

Palmadas en los hombros, felicitaciones, murmullos... Y Maxence Brand, gritando:

—¡Despejen, despejen! Venga, Rex... ¡Un contrato para la gira completa! Dos dólares por sesión. ¿La fortuna, eh?

Daniel Sanders dirigióse hacia el vagón siete. Entró y mirando el diván vacío donde antes estaba Storm, se volvió.

—Debajo de la cama —murmuró Brand—. Vístase sus ropas, Rex. Tome diez dólares de anticipo y dese una vuelta para refrescarse. Esté de regreso a las diez. Yo, mientras, lo arreglaré todo.

Hundió Daniel el rostro en la jofaina llena de agua.

—Por favor, Rex, no diga nada. Sería un escándalo enorme. ¿No dirá nada, Rex?

—¡Nooo! —Burbujeó Daniel, con la cara dentro del agua.

Secóse. Maxence Brand agitó la mano en despedida y se fue. Vistióse de prisa. Y antes de que subieran el tercer cajón bajó por el declive del madero.

Husmeó el aire, fuera del cuadro de vagones. Frente a él, veía los rascacielos de Seattle, iluminados. Una gran ciudad. Ganaba ya cuatro dólares diarios. Vería mundo.

¿Hank Storm? Seguramente Maxence Brand sabía ya quién le mató. Un circo entre bastidores era muy diferente a como lo veía el espectador desde la butaca.

Fue apagándose el sonido de la música, dinámica y contagiosa.

—¿Norte, Sur, Este u Oeste? —preguntóse, en alta voz.

Encogióse de hombros yendo hacia el centro. Tras él, andando cautelosamente, dos hombres seguían sus pasos.

Silbando, penetró Daniel Sanders en la gran arteria luminosa que en sus esquinas llevaba el pomposo nombre de «Cheyene Road».

«Cierto —iba pensando—. Antaño fue la ruta de los cheyenes». —Y hoy era la calle de los *cabarets*, los restaurantes de lujo, las tabernas típicas, los fumadores clandestinos...

Parpadeaban invitadores los anuncios luminosos. Radios, discos, orquestas, vocalistas, formaban una alegre algarabía.

«¡Baile con las más bellas del mundo!», guiñaba, eléctricamente, un cartel, cuyas líneas de neón movilizaban las caderas de una silueta femenina.

—Bueno —dijo Daniel, en voz alta—. Un poco de movimiento no me vendrá mal.

Penetró en la academia de baile perteneciente a Manuel Cansino, en cuyo, vestíbulo había infinidad de máquinas tragaperras.

No tenía la menor sospecha de que era, seguido. Ni tampoco vio a la mujer que, deslizándose mientras él contemplaba una de las máquinas, penetraba en el salón de baile.

Era Leonor, la cual fue rápidamente a sentarse en uno de los palcos. Y con no menos rapidez, rodearon este palco un oficial de marina, un capataz leñador y dos elegantes castigadores habituales. A todos les replicó ella que agradecía la invitación, pero estaba esperando a su novio.

Entró Daniel Sanders que, reposadamente, ojeó la hilera de bailarinas «taxi» que en el descanso, entre disco y disco, sentábase al fondo de la pista.

Vio a Leonor, cuya exótica y sensual atracción le hizo caminar hacia su palco.

—¿Y don Panchito?

—Tiene dolor de muelas. Quedóse.

El disco lanzó los compases de un melodioso «son».

—Cubanacán —dijo ella—. Me enloquece bailar, y más si me invita un caballero que mida metro ochenta.

—Metro ochenta y tres. ¿Vale?

Ella sonrió, abandonando el palco, para reclinarse contra el pecho de Daniel. La pareja fue seguida con admiración y envidia por los demás bailarines.

—Oiga, Leonor. Si Pancho se entera, nos puede enseñar los dientes.

—Es lo único aceptable que puede enseñar. Pero no hay cuidado. Sabe que yo soy de confianza. ¿Qué mal hay en mover los pies?

—Si no se pisan los ajenos, ninguno. ¿Ha cenado?

—Todavía no. Claro que si usted piensa invitarme, acepto encantada. Precisamente aquí cerca hay un comedor que está en un primer piso y en el cual se reúnen los buenos, paladares.

—Si la cuenta no sobrepasa los trece dólares, vamos allá. Pero luego se lo contaremos a Pancho. Ya me he enterado que esta semana le toca a usted actuar de vampiresa.

—No lo sabe usted bien todavía... —sonrió ella, sinuosamente.

Pensó Daniel que era más difícil conservar la serenidad bailando con Leonor que montando un bronco.

Al terminar la música, preguntóle:

—¿Está cerca el comedor de sibaritas?

—Aquí mismo. Total, cinco pasos.

Salieron. Ella fue guiándole hasta llegar a un entrante cercano.

Diferenciábase de las casas vecinas en que era silenciosa. La escalera estaba a oscuras. Subían juntos, y, de pronto, le pareció a Daniel Sanders que el techo le caía encima la cabeza.

Estallaron miriadas de estrellas ante sus ojos, y su último pensamiento fue recordar a los cheyenes, que, décadas antes, golpeaban a los enemigos en la base del cráneo con un hacha pesada...

## CAPÍTULO VII

### EL SUAVE «SAMURÁI».

El edificio en cuya escalera había Daniel Sanders recibido el alevoso golpe en la nuca que le derribó, era una casa con varias salidas. Estaba desocupada, y su propietario era un caballero japonés muy estimado en Seattle.

Sojo Nara, si bien era, dueño de los treinta y dos lavaderos públicos, famosos por la pulcritud con que las ropas eran aseadas, tenía a gala ser un «samurái».

Es decir, un descendiente de guerreros, un caballero oriental. En Yokohama era considerado un hombre feo, porque su rostro no tenía la expresión de batracio, que es la belleza masculina en el Japón.

De mediana estatura, delgado, y de suaves modales, estaba sentado frente a la silla en la que Daniel Sanders permanecía, rodeados el busto y las piernas por una larga cuerda cuyos nudos expertos se le hincaban en los músculos.

Tras la silla, estaba Jack Villers... Y tras la ocupada por Daniel Sanders encontrábase Gartyn y Perry, los dos inseparables de Jack Villers.

Junto al «samurái», Leonor contaba un fajo de billetes que le entregara otra joven de aspecto candoroso.

—Está la cuenta —dijo Leonor—. Yo no sé nada de nada; no les he visto nunca, y diré que, cuando subíamos la escalera, se marchó Rex. Por diez mil dólares soy capaz de traer aquí al elefante. Adiós.

Sojo Nara hizo una leve inclinación de cabeza al salir la mejicana. La otra muchacha cerró la puerta. Era australiana, y figuraba como esposa de Sojo Nara.

Los chorros de agua que Gartyn y Perry iban destilando por la nuca del prisionero actuaron, y Daniel Sanders abrió los ojos, pestañeó a ritmo progresivo, y por fin resopló.

—¿Qué broma es ésta?

—Excuse el procedimiento algo brutal que he tenido que emplear para serle presentado, Rex Fox —dijo Sojo Nara, con dulce voz—. A estos tres caballeros ya los conoce. Dos llevan la mano vendada. La señora es Wanda, mi esposa. Yo soy Sojo Nara, servidor de usted.

—Muy señor mío —replicó Daniel Sanders, llameantes los ojos—. Aunque sé apreciar las bromas y no me formalizo, ésta, no obstante, la considero algo pesada. ¿En qué podida perjudicarle a usted, señor Sojo Nara?

—Todavía no me ha perjudicado, pero quiero evitarlo. Deme la contraseña.

—¿Eh? —farfulló Daniel Sanders, boquiabierto.

—Hábil comediante, Rex Fox, pero no pretenda engañarme. Dígame dónde están

los peces, y quedará libre.

A Daniel Sanders se le llenaron los ojos de lágrimas, a medida, que iba riendo, con hilaridad incontenible.

Wanda Nara, contagiada por la risa sincera, también rió; el «samurái» sonrióse, y Jack Villers permaneció estólido, serio, tras la silla ocupada por Sojo Nara.

—¿La contraseña..., los peces?... Oiga, hermanó —murmuró Daniel, entrecortada la voz—. Se ha equivocado de número. Espero que no serán ustedes un quinteto de locos escapados del Sanatorio de Seattle.

—No disimule, Rex Fox. Necesito los peces y la contraseña.

—Alquile un bote y provéase de una caña si quiere peces, ¡cáspita!, y no me venga con enredos.

—¿Lo pongo blando, «samurái»? —preguntó Jack Villers, crispando los puños y dando un paso.

—Todavía no, Villers. Nuestro joven invitado se inclina, naturalmente, al papel de ingenuo. Le demostraré que lo sabemos todo.

—Eso quiero: saberlo todo. Aclaremos este negocio, que me ha valido ya un piñazo en el cogote.

—Cometió usted una gran imprudencia al matar a Hank Storm, joven —dijo Sojo Nara, incisivamente.

—¿Yo?...

—Mayor imprudencia aun el apoderarse del estuche que Storm guardaba en su cinto. Olvidaré esta desagradable intrusión en mis asuntos privados tan pronto me diga dónde escondió los peces y la contraseña que necesito.

—Creo que el circo viene de China, pero yo no entiendo el chino, amigo Nara.

—Me repugna la sangre vertida neciamente, Rex Fox, y tendré paciencia con usted. Pero le prevengo, por si no contesta satisfactoriamente, que Jack Villers es bastante bruto.

—¿Sí? No lo dudo. Basta con verle una vez.

—No deseo que lo compruebe prácticamente. Piense que Villers está ansioso de desquitarse de lo sucedido en Copper Ribbon. Recapacitemos. Apenas Hank Storm se rompe o desencaja, la clavícula, aparece usted a ocupar su empleo.

—No tenía ni idea de meterme en el circo. Fue «Satán» el que se entrometió invitándome a montarle. Además, ¡qué rayos! ¿Por qué me tienen amarrado como si yo fuera «Satán»?

—Todo lo sabrá. Tenga la misma, paciencia, que yo. Dice llamarse Rex Fox, que será seguramente una identidad tan falsa como la de Daniel Sanders que aparece extendida en su licencia de armas.

La mirada de Daniel siguió la del «samurái», que se posaba encima de una mesita donde estaba su americana y los tirantes con las dos «Derringer».

—Le expondré los hechos. A las seis y cinco me visita Hank Storm. Se va al circo, después que nos pusimos de acuerdo para que a las ocho me trajera el cinto con

los peces, A las siete y diez me comunican por teléfono que Hank Storm ha sido apuñalado en el vagón número siete. Me dicen también que usted acaba de salir del vagón, después de permanecer a solas con Storm unos instantes.

—En efecto. Fui a esconder mis pistolas. Hank Storm dormía, o al menos esto me pareció.

—Mi comunicante añade que el cinto de Storm está vacío. Han desaparecido el libro-clave de que nos servimos y los peces de platino que Storm debía entregarme. Gartyn y Perry vigilan el vagón y le siguen cuándo usted sale. Leonor le invita a venir aquí, porque para eso le he pagado a ella diez mil dólares, aunque ignora lo que le va a suceder. Resulta curioso que usted llegue hasta la sala de baile próxima y finja extasiarse, como un paleta provinciano. En realidad, busca el modo de entrar aquí. No sospecha de Leonor hasta que en la escalera Jack Villers le golpea y Gartyn y Perry le recogen y traen hasta aquí. ¿Soy o no explícito?

—Mucho y poco. Yo no he matado a Storm. Es la primera noticia que tengo de esos dichosos peces de platino, y no finjo, sino que soy un cateto legítimo. Soy de pueblo.

—Le creí menos torpe, joven. La «F. B. I.» no suele emplear a tontos. Y usted se las da de ingenuo. ¡Quietos, Villers! Hablemos claramente, Rex Fox para darle algún nombre. Usted sabe que son tan importantes los intereses que se ventilan, que no podemos retroceder ante ningún obstáculo. Confíese dónde ha escondido el estuche y saldrá libre de aquí.

El cerebro de Daniel Sanders trabajaba activamente. ¿«F. B. I.»? Era difícil salir con vida de aquel cuarto. Tenía que ganar tiempo, prolongar el momento fatídico.

Sonrió amargamente, como un hombre vencido. Dijo:

—¡Valiente berenjenal!... Ha ganado usted la partida, «samurái». El estuche está cosido en la silla de montar que le colocan a «Lucifer». Cuelga en el vagón...

Sojo Nara miró a Jack Villers.

—Coja el «Buick», Villers, y que Martens le de la silla de montar del caballo «Lucifer», Con calma, pero de prisa.

Villers, atravesando la sala, abrió la puerta, desapareciendo.

Sojo Nara extrajo una pitillera de oro grabada con iniciales de esmeraldas. Sacó un largo cigarrillo emboquillado que tendió a Wanda.

—Son turcos, Rex Fox.

—Todo internacional, ¿no?

Wanda colocó el cigarrillo entre los labios de Daniel Sanders, y con el encendedor, idéntico a la pitillera, que le daba Sojo Nara, encendió.

—Da gusto ser tratado con guante blanco, «samurái». Oiga: y si le dijera que ignoro de lo que me habla, y que es un cuento inventado ahora mismo lo de la silla de montar conteniendo los malditos peces de platino, ¿qué pasaría?

—He pensado en esta posibilidad. Lo sabrá usted al regreso de Villers, si vuelve con las manos vacías. Para entretener la espera, conversaremos sobre nuestra

arriesgada profesión.

—¿También es usted desbravador?

—Todo parece acusarle de ser un agente de la «F. B. I.». También cabe la posibilidad que todo sean coincidencias..., pero serían demasiadas. Lo dudo.

—Escárbese el seso y convéznase de que no soy de la «F. B. I.», ni tengo carácter para andar metido en cosas de película.

—Las películas se basan en hechos humanos. Supongamos que Villers regresa con las manos vacías. Entonces, querido centauro, no permitiré que Villers le reviente los ojos a puñetazos ni le quiebre los dientes. La fuerza bruta me asquea. Prefiero procedimientos más sencillos. Unas astillas entre las uñas, una llama aplicada a la planta de los pies, un cuchillo afilado tatuándole los párpados...

—Delicadas diversiones.

—Evítemelas. Comprenda que ha perdido la partida.

Daniel Sanders aspiró a fondo el humo. Después, con gesto de repulsión, escupió el cigarrillo.

—Perfumados, «samurái». Prefiero el tabaco menos aristocrático. Y prefiero los hombres más hombres, menos tortuosos. Dicen que la cara es el espejo del alma... Usted desmiente el refrán, Wanda. Al verla le darían la primera comunión sin tener que confesarse. Es la viva imagen de la colegiala inocente, que sabe más tretas que la suegra del mismísimo diablo.

—Tiene usted buen humor —dijo ella, sonriendo—: El buen humor y la ternura lubrican la máquina social, decía un vagabundo que conocí.

—Tiene usted categoría —comentó Sojo Nara—. No es un vulgar aventurero. Tanto más sentiré que su testarudez me obligue a demostrarle que mi suavidad es un barniz occidental. No me mire así... Me recuerda las láminas que representan al puma, ese tigre americano. Mal enemigo sería usted si quedase libre.

Oyéronse unos pasos y una llamada en la puerta. Sojo Nara se puso en pie, apagando la luz.

Wanda y los otros dos corrieron hacia la puerta del fondo de la estancia.

Un rudo empujón hizo saltar los goznes de la puerta. Daniel Sanders volcóse hacia atrás, revolviéndose en el suelo, atado a la silla, de la que trató de liberarse.

Irrumpieron en la sala dos sombras, una de las cuales gritó:

—¡Rex!

Una linterna dibujó círculos por la pared. Un silbido escupió fuego por el silenciador de una pistola.

Iluminóse el cuarto. Junto al interruptor estaba Candy. Reptando por el suelo, Alvin Sneak, el hombre de goma.

Sojo Nara, Wanda, Gartyn y Perry habían desaparecido.

Poniéndose en pie, Alvin Sneak corrió hacia la puerta del fondo, que batía levemente contra las jambas.

Candy abalanzóse hacia la silla volcada.

—¿Está herido, señor Rex?

—No, hijo. ¡Cáspita! Que a tiempo habéis llegado. Desátame...

Regresaba Alvin Sneak, sacudiendo la calva cabeza.

—Se fueron.

—Ya los agarraré en otra ocasión.

—No me falló el truco —dijo Alvin Sneak, complacido—: Desde el suelo elevo el brazo y doy luz con la linterna. Siempre disparan un poco más alto que la linterna. Es infalible.

—Lo que es infalible, amigo, es que es usted simpatiquísimo. ¡Oiga! Fue al circo un bruto, al cual tengo ganas de volver a sacudir. Explíqueme por el camino cómo dio conmigo. Ya me consideraba yo más cadáver que una momia egipcia. Da gusto resucitar. Vámonos... Ya te volveré a ver, «samurái» pescador. ¡Vaya que sí!

## CAPÍTULO VIII

### SE DESCORRE UNA PUNTA DEL VELO.

Pero al ir a salir de la habitación, dijo, de pronto, Daniel:

—No me voy. Tengo que esperar aquí.

—¿A quién?

—A Jack Villers.

Colocóse la americana, después de acariciar las dos culatas bajo el sobaco. Alvin Sneak, explicó:

—Candy recibió medio dólar de Maxen con la orden de que se paseara lejos del circo hasta las diez. Le vio salir a usted, y cómo Leonor, que le estaba esperando disimuladamente, se ponía en marcha tras de usted, adelantándose después. Vio también a dos tipos siguiéndole. Cogió la bicicleta, y, al ver salir solo a Leonor, pedaleó viniendo a buscarme.

—Gracias, pecoso. Les voy a pedir un favor. Ronden por abajo sin que les vean. Mientras, aquí aguardaré el regreso de Villers.

Se acarició la cabeza, palpándosela con mimo.

—Una porra de caucho. Hincha, pero no mata. Sé de varios que también van a tener la cabeza hinchada.

Salieron ambos, y, apenas se hubo desvanecido el eco de sus pasos escaleras abajo, Daniel Sanders colocóse fuera, en el oscuro rellano, desde donde divisaba la desembocadura de la escalera y la puerta de la habitación.

Mientras aguardaba se daba cuenta que un nuevo impulso le dominaba: averiguar cuanto se refería a los peces de platino.

No consideraba a Leonor más que una mujer ambiciosa y sin muchos escrúpulos, que, ignorante de lo que se tramaba, había aceptado atraerle valiéndose de sus encantos y seducción.

De pronto, tensó los músculos. Un paso aplomado iba acercándose. Sin apresuramientos...

Cuando rechinó suavemente el último peldaño, Daniel Sanders, que se había colocado junto a un conmutador, dio vuelta.

Preparado a todo, su diestra estaba ya introducida bajo la solapa. Fingió arreglarse la pechera, porque el recién llegado era el sargento Graham Lefer vistiendo de paisano.

—Buenas noches, Sanders. Al parecer, está esperando a alguien, ¿no es así?

—No le esperaba a usted. Por lo visto, el mundo es muy pequeño, y nuestro destino quiere que nos tropecemos en cada esquina. Pues sí, estoy esperando a

alguien.

—No hace falta. Jack Villers está a buen recaudo. No regresará, y, por lo tanto, pierde usted su precioso tiempo aquí.

Recordó Daniel que Maxence Brand le había suplicado que guardase silencio sobre todo lo ocurrido.

—Entonces..., mejor será que me vaya. Buenas noches, sargento.

Empezó a descender las escaleras. Ya en el umbral, miró a Graham Lefer, que estaba a su lado.

—Le advierto, sargento, que conozco el camino del circo.

—No, señor Sanders. No lo conoce. Desgraciadamente, siendo, como es, un impetuoso luchador, ha ido a meterse en una tela de araña donde los buenos puños y el noble corazón de poco sirven.

—¿Por qué no me lo cuenta andando?

—Eso es. Estiremos las piernas. A raíz de despedirme de su señor padre, tomé informes de usted.

—Siempre a la caza de chismes, ¿no?

—Me enteré de que era usted mujeriego, generoso, amante de la excesiva verdad y gustoso de pelea.

—Supongo que esto no lo castiga el código.

—No se lo reprocho. Le confieso que me extrañó verle aparecer cuando anunciaron en la pista a Rex Fox...

—Mi padre estima que debo conocer mundo.

—Sensata opinión. ¿Qué le impulsó a entrar en el «Brand»?

—El desbravador rompióse la clavícula. Pude saltar con suerte a lomos del bronco que iba a escaparse, y entonces el dueño me contrató. Como ve, claro como el agua.

—Su amigo, el hombre de goma, y el muchacho pecoso, nos siguen, y procuran disimularlo. Prefiero que no aluda usted a mi condición de sargento. A cambio, yo tampoco aludiré al hijo del multimillonario Raymond Sanders.

—Está usted muy misterioso, Lefer.

—¿Usted cree? Vamos a ver si es Verdad que soy misterioso. ¿Cómo se llama el desbravador que usted relevó?

—Hank Storm.

La voz del sargento Lefer se hizo banal e indiferente:

—Me tomó usted el pelo una vez, Sanders, pero me lo merecí. Le ruego no lo repita. Y ahora, dígame, entre nosotros, ¿quién mató a Hank Storm?

Daniel Sanders mordióse los labios, sobresaltado. Echó una ojeada de soslayo al impasible Lefer.

—Todo el mundo está enterado de todo, menos yo. Y yo soy el verdadero pelele.

—No tanto, puesto que usted fue el primero en averiguar que Hank Storm había sido asesinado. Y después supo atraerse la atención de Jack Villers, Gartyn y Perry.

—Total..., que soy un señuelo estupendo, ¿no? Y usted, ¿por qué no se contrata en el circo? Para sacar conejos y palomas de su sombrero..., ¿se da cuenta?

—Casualidades, Rex Fox. No soy milagrero. Al terminar usted su exhibición, que me gustó mucho, pregunté por su paradero. Me condujeron, a un tal Maxence Brand, que, angustiadísimo, deseaba impedirme la entrada al vagón número siete. Enseñé la placa, y Maxence Brand me juró que si yo hacía la pesquisa en secreto, me ayudaría a encontrar al que mató a Hank Storm.

—Eso queda entendido. ¿Y cómo dio conmigo?

—Siguiendo a Alvin Sneak.

—¿Sospecha de él? Me salvó..., aunque también pueden ser rivalidades para atrapar los... Esto es un berenjenal espantoso.

—No se da usted todavía perfecta cuenta. Déjeme advertirle que Alvin Sneak es un agente de la «F. B. I.».

—¡Sopla!... ¿A que resulta que Candy es Hitler de incógnito?

—Mejor que lo tome a broma, Sanders, pero si mañana ve usted con sus propios ojos la luz del amanecer, considérese un hombre con mucha suerte.

—No será tanto...

—Le aconsejo, amistosamente, que regrese al rancho, hasta que yo aclare este asunto. He telefoneado al cuartel, delegando el mando en el cabo. No puedo irme de Seattle sin aclarar este asunto.

—Ni yo tampoco. Esta madeja la desenredo, o me vuelvo loco. ¿Conoce por casualidad a un tal Sojo Nara, «samurái» japonés?

—No. Pero creo que es dueño de muchos lavaderos.

—Eso parece. ¿Y conoce a una tal Wanda, una deliciosa mujercita de aspecto muy candoroso?

—No.

—¿Conoce a un tal Martens?

—Martens, Martens... Es el prestidigitador del circo. Un holandés, de aspecto también candoroso.

—Vaya agitando estos candores de Sojo Nara, Wanda, los dos compadres Gartyn y Perry, y a Martens, y sacará un cóctel turbio. Y vamos a añadirle unas gotas. ¿Por casualidad ha, oído hablar de unos bichitos conocidos por los peces de platino?

—Los busca el «F. B. I.».

—Pues estos pececitos por poco me cuestan la piel. Ni sé dónde están, ni sé cómo son, ni sé... Bueno, los tenía Storm. Martens seguramente le registró, sin encontrarlos. El «samurái». Nara, que acaba de escapar con Wanda, Perry y Gartyn, cree que yo los tengo. ¿Los tengo? Ya ni sé dónde estoy ni como me llamo.

—¡Rex Fox! ¡Bien, bien, bien! ¡Me trago el sombrero si este apuesto grandullón no es el apolíneo y salvaje Rex Fox!

Daniel Sanders miró boquiabierto a la muchacha que, delante de ellos, les cerraba el paso.

Era linda... y candorosa. Crispó Daniel las mandíbulas.

—No se quede atónito, grandullón. Yo soy Betty Blondel, la firma truculenta del *Daily Magazine*. No soy una mujer. Soy un instrumentó rematado por una estilográfica que escribe taquigráficamente. A falta de mejor, ya que nadie se muere violentamente ni pasa nada en Seattle, y usted ha sido la sensación del circo, sea buen chico y deme un reportaje.

Rió Daniel Sanders, con mueca de feroz ironía.

—Ustedes, los periodistas, tienen una pupila espantosa. Es verdad que no sucede nada, por Seattle. Escriba que me raptó un guerrero japonés, que quisieron atormentarme porque no quería ir a pescar con él; pero que un agente del contraespionaje me salvó por los pelos. Y que un puñal con mango de marfil...

—Un momento, jovencito, un momento... —atajó ella, enfáticamente. Tendría unos veintidós años—. No invada mis terrenos. Yo invento los bulos, cuando no hay más remedio, pero no me los cuente usted. Al grano. ¿Dónde nació?

—En la selva africana.

—Interesantísimo, aunque no sea verdad... —dijo ella, apuntando en su bloc, a la luz de la farola—. ¿Qué desayunaba cuando niño para obtener su musculatura y la solidez de su cerebro?

—Desayunaba cocos que cascaba en la cabeza de mi nodriza, que era una vaca salvaje. Escuche, joven: habitualmente yo soy muy cortés con las damas. Usted es muy linda, y en otra ocasión echaríamos largos párrafos. Pero ahora estoy en ascuas. Buenas noches, y mañana le contestaré a cuantas preguntas quiera hacerme.

—¡Okey! Hasta mañana, terremoto.

En silencio, caminaron los dos unos instantes.

—Vulgar y detonante, ¿verdad, Lefer?

—Barniz de la profesión periodista.

—No me hable de barnices, que ya lo hizo Sojo Nara. Déjeme tratar de recomponer este rompecabezas, ya que la mía anda en juego. Alvin Sneak, que nos sigue, es un agente del «F. B. I.». ¿Por qué está en un circo? He oído hablar de disfraces, pero vamos, eso de disfrazarse de contorsionista con los huesos como chicle, es algo que escapa a mis entendederas.

—Alvin Sneak es contorsionista por naturaleza y profesión. Ya de niño trabajaba en los circos. Le dieron número en la «F. B. I.» porque es inglés, inteligente y aventurero.

—Claro este punto. Hank Storm, ¿qué era?

—Posiblemente, un espía alemán.

—¡Ya salió Alemania!

—Pudo también serlo japonés o ruso.

—Vaya... ¿Y por qué no tártaro?

—Alemania, Japón y Rusia son las tres potencias interesadas siempre en averiguar cuanto pueden sobre los Estados Unidos. En menor escala, Francia e

Inglaterra. Desde inicios del año actual, existe un recrudecimiento agudísimo de las tareas encomendadas a todos los servicios de espionaje. Tanto es así, que en nuestro Cuerpo, por vez primera, se nos faculta, tal como ahora estoy haciendo, para seguir, hasta donde sea, cualquier pista que conduzca a la captura de agentes; pero con preferencia al conocimiento de sus planes. Es decir, preferible es que queden libres los agentes hasta no haber averiguado lo que se traen entre manos y la red de que forman parte. Concretando: Jack Villers está en la cárcel, porque he podido sacarle pruebas de anteriores delitos que nada tienen que ver con espionaje. Será tratado como un maleante común. Pero Gartyn y Perry seguirán libres, al igual que Martens, mientras no se ponga en claro qué organización representan y cuántos componen la célula; que así se ha dado en llamar a los grupos organizados para el espionaje en comarcas.

—Tiene ya una pista: el «samurái». Nata y su esposa Wanda.

—Se me antoja que ellos son lugartenientes.

—¡Ah! Pero ¿hay otro?

—Sí. El principal... Éste es el que me interesa atrapar.

—¿Quién, es?

—Lo ignoro.

—Ya. Y mientras todos andan libres, yo hago méritos para convertirme en una criba ambulante.

—Desgraciadamente, usted se ha visto envuelto en todo esto, y me temo que no tardará en caer en manos del principal, que ése es el nombre que podemos darle para saber a quién nos referimos: el «Principal»...

—Que en estos momentos estará charlotteando con el «samurái» y la cuadrilla, a ver de qué modo me pescan para tenderme sobre una parrilla, ¿no es así?

—Aproximadamente. Por esto mismo le aconsejo regrese a su rancho...

—Sabe muy bien que aquí me quedo. Es ya cuestión vital: ellos o yo.

—Lo sé. Y es usted un señuelo valioso, porque ahora el «samurái» no descansará hasta remediar su torpeza y lograr que usted enmudezca para siempre.

—Un panorama encantador. Y, naturalmente, si detiene usted al japonés, de nada servirá.

—De nada.

—Usted es un lince, Lefer. Se ha dado cuenta que alguien que puede andar por el circo...

—Mató a Hank Storm. Y no es el prestidigitador Martens, Pero se ha apoderado de los peces de platino y del libro-clave, y me incumbe encontrarlo.

—Oiga, oiga... Storm era espía extranjero. Le roban el botín... ¡Viene detrás de nosotros el que mató a Storm!

—¿Alvin Sneak? No, amigo.

Se divisaba ya la gran masa del entoldado circense. Daniel se detuvo, poniendo el índice en el pecho de Graham Lefer.

—Hasta las diez tengo vacaciones. Quiero respirar libremente. Adiós, Lefer. Encárgueme una corona de dalias.

—Espero que no sea «adiós», sino «hasta la vista».

Dio media vuelta Daniel. Alvin Sneak, entregaba su bicicleta con motor a Candy.

—¿Me permite que le acompañe, Rex?

—No; gracias. Quiero estar solo para despejarme los sesos. Hasta luego, y quedamos a la recíproca, Alvin.

Candy obedeció al gesto de Sneak y partió en dirección al circo. Graham Lefer miró unos instantes al hombre de goma, y después, significativamente, hacia el larguirucho atleta que se alejaba.

Mudamente, Alvin Sneak asintió y echó a andar en la misma dirección que Daniel Sanders.

Era una sensación nueva para Daniel Sanders, embriagadora. Cada paso que daba le podía conducir hacia una muerte oscura, imprevisible. Cualquier transeúnte podía estar acechándole.

Hasta entonces, cuantos enemigos tuvo los conocía. Y de pronto rió. No podían matarle. No le matarían, porque antes intentarían averiguar dónde había escondido unos peces de platino que nunca vio.

Desharía el camino andado. Entró de nuevo en «Cheyene Road». Era la hora de la cena y rutilaban de luces las ventanas de los clubs de noche y restaurantes.

Pensó en Leonor... Ya ajustaría cuentas con ella, después. Al pasar por la acera frente al «Mónico»; miró las mesas, a cuyo alrededor sentábase los concurrentes, y entre las cuales, con maestría, deslizábanse los camareros.

Se detuvo, crispando las manos en los bolsillos... ¿Otra vez?...

Veía el rostro de una mujer que, volviendo la espalda a los demás concurrentes, no miraba a través del cristal porque sus ojos estaban empañados de lágrimas.

No era Wanda, pero sí la faz candorosa de una mujer abandonada y dolorida. Era la «vulgar y detonante». Betty Blondel.

¿Agente de Sojo Nara y del «Principal»? ¿Trampa que le tendían?... Recordó una de las lecciones de Raymond Sanders:

«Para derribar al novillo, hay que cogerlo por los cuernos».

Y con paso decidido entró en el «Mónico».

## CAPÍTULO IX

### OTRO MANGO DE MARFIL...

Entregó su sombrero de anchas alas a una pizpireta doncella, que le dio a cambio, con gentil reverencia, una placa, numerada: «13».

—¿Mesa reservada, señor? —inquirió, respetuoso, un *maître* con la halagadora fórmula destinaba a que el nuevo cliente se creyera un importante personaje habituado al más caro de los restaurantes de la ciudad.

—Aquélla —y señaló Daniel Sanders la mesa que, junto a la ventana, estaba ocupada por Betty Blondel.

El *maître* limitóse a precederle y apartar una silla de la mesa señalada. Se alejó discretamente, después de dejar sobre la mesa y ante Daniel un recio papel donde, con letra inglesa, aparecían una serie de platos complicados, en ortografía francesa y composición.

Betty Blondel ladeó la cabeza, después de sonarse y darse unos toques en las pestañas.

Sonrió, con melancolía.

—Hola, Rex. No tengo padre, hermano, ni marido. Tampoco novio. Nadie le echará de aquí, pero sería mucho más conveniente que se fuera a otra mesa, o le amargaré la cena, porque no estoy de humor.

No había en su tono ni suficiencia ni énfasis. No parecía la misma que diez minutos antes esgrimiera una estilográfica y un léxico vulgarmente varonil.

Era la viva imagen del desconsuelo.

«Hábil comediante —meditó Daniel—. ¿Cuál será la trampa que han organizado Sojo y el “Principal” para atraparme?».

—¿No deseaba hacerme un reportaje, encanto? —preguntó.

—En un minuto se muere. En otro, se ama para la eternidad. En cinco, le llega un compañero de la redacción y le anuncia a una que el viejo tirano dueño del periódico, con un plumazo, ha suprimido del cuadro a una decena de reporteros, y entre ellos yo.

—Vaya disgusto, ¿no?

—No le conozco, Rex; pero me gusta su llaneza, y necesito alguien con quien desahogarme.

—Aquí estoy a su disposición.

—Si quiere usted cenar, lo haremos juntos. Seguramente mañana estaré arrepentida, pero ahora necesito compañía.

—Yo también.

—Al terminar la cena, y cada cual coge su parte, porque aun me quedan catorce

dólares, usted al circo y yo... a hincharme de llorar a solas.

—¿Tan trágico es quedarse sin empleo?

—Para mí, sí. Me costó mucho entrar en el *Daily*. Me echan por inútil. Mis reportajes carecen de fuerza y emoción. No hay interés, según dice el viejo ogro.

—Pruebe en otro papel.

—No puedo, porque los periódicos de esta clase forman cadena, y saben cuándo una vale o no.

—Puede muy bien emplearse en una tienda o ser maniquí.

Los grandes ojos azules de Betty Blondel parecieron inundar a Daniel Sanders con una oleada de infinito desdén.

—Me parece Usted un buen muchacho, Rex, pero no muy talentado. Siempre el músculo se desarrolla con detrimento del seso. ¿No ha oído hablar de algo llamado «vocación»?

—Muchas veces, aunque sin experimentarlo nunca.

—Yo he de ser periodista, o me muero de hambre.

—Yo, si no sirvo, no me meto a trapealista. Monto potros, porque entiendo el asunto.

Mentalmente, decíase Sanders que la farsa seguía un curso aparentemente repleto de sinceridad. El más psicólogo de los hombres no hubiera visto en Betty Blondel más que una fanática del periodismo llorando su despido y la soledad de su existencia.

—En Seattle no ocurre nada. Tan sólo hubiese un pequeño crimen, y yo fuera la primera en enterarme...

—Mate al camarero, que lo tiene a mano.

—Broma de mal gusto, joven. ¡Cielos! Pido muy poco. Un cadáver, a ser posible de un *gángster*, y una pista enredada que sólo yo lograra descubrir... ¡Huevos a la turca!

Daniel Sanders dominó el sobresalto que le había causado la última frase, al parecer intempestiva, porque vio al *maître* asentir gravemente mientras tomaba nota.

Se reprochó la facilidad con que estaba dispuesto a creerse cuantos embustes le estaba enjaretando, seguramente, aleccionada por Sojo Nara, aquella linda criatura, que ahora añadía:

—Y lenguado *beurre noir*. Una macedonia, Burdeos, cepa «Château Lapompe», 18.

—Lo mismo... —dijo Daniel. Alejóse el *maître*—: Oiga; habla usted un francés que parece del París de la Francia.

—Sepa, vaquero, que hablo francés y alemán. Ya salió aquello —pensó Daniel—. «Mi padre era millonario y se suicidó al arruinarse en la Bolsa; o procedo de una familia del Sur, muy distinguida». Era esto, más o menos, lo que siempre decían las aventureras.

—Recibí buena educación, aunque no lo parezca, Rex.

—Hablando así, gentil y modosa, es usted mucho más seductora.

—¡Y un rábano! Digo que me importa muy poco el estar seductora. Yo lo que quiero es sangre...

—¡Cáspita!

—Rellenar columnas con grandes titulares: «Betty Blondel consigue el relato del año, el escándalo exclusivo, al desenmascarar al moderno Landru, que fascinaba con su ojo de cristal a incautas viudas ricas, para después aserrarlas a trocitos».

Interrumpióse cogiendo el pañuelo, que se aplicó a los ojos, musitando:

—Perdone, *cow-boy*; le voy a amargar la cena, ya se lo dije. No me mire así... Tiene usted unos ojos acariciantes... y me da por llorar. A veces creo que nos está bien empleado lo que nos ocurre a las mujeres que nos metemos a suplantar trabajos de hombres. Llegó el momento adverso... y lloramos.

—No llore más, Betty. A lo mejor, yo mismo le puedo proporcionar un reportaje sensacional.

—Ya no creo en nada, y por eso mismo lo creo todo. Gracias, de todos modos, por intentar consolarme, Rex. Al fin y al cabo, usted podría estar cenando con una Venus sonriente y acaramelada... Huevos a la turca, aquí están.

El camarero depositaba en la mesa la cazuelita de huevos fritos bañándose en salsa, de tomate, picadillo de hígado y menudos de pollo.

Jugueteó ella con la cucharilla, y manifestó, apenada:

—No tengo apetito. ¿Qué le sucede, Rex? ¿Se quemó la lengua? Tiene usted los ojos redondos como platos...

Daniel Sanders miraba con fijeza delante suyo, por encima de los hombros de la reportero.

En la mesa vecina, sentábase Sojo Nara, acompañado de Wanda. Hizo una leve inclinación de busto, amables los ojos, sinuosa la delgada boca en sonrisa cortés.

Wanda volvía la espalda.

—Saque el bloc y la estilográfica, Betty —dijo Daniel Sanders, levantándose—. Y tome nota de cuanto oiga. Me parece que es verdad lo que usted me contaba acerca de su despido y su abandono. Y si no lo es, poco me importa ahora.

Se acercó a la mesa ocupada por el «samurái» y su esposa. Inclínose para saludar a Wanda.

—Buenas noches, señora. Encantado de verla. ¿Es a su nombre que está extendida la póliza de seguro de vida del «samurái»? Si es así, la felicito, porque la va a cobrar, muy pronto.

Sojo Nara hizo un gesto invitador.

—Tome asiento por unos instantes, señor Sanders.

—¿Ya se cree lo que decía la licencia?

—Sí; no se maraville. Tengo un rápido servicio de información. Le notifico que si he venido hasta aquí conociendo su impetuoso temperamento, es porque tengo algo muy valioso en mi poder.

—La vida. Y ésta no se la garantizo por mucho tiempo.

—Cualquier violencia que usted emprenda contra mí, repercutirá gravemente en la salud y persona del señor Raymond Sanders, que en estos momentos está viajando camino de mi casa de campo, bien escoltado, y a expensas de lo que a mí me suceda.

Daniel Sanders dejóse caer, más que se sentó, en la silla que le había apartado el «samurái».

—¡Cochino canalla!

—Pruebe este vino. Gracias, camarero. Es «Tokay» legítimo. En sus ojos hay un brillo parecido al de las pupilas del puma cuando se dispone a acometer... No lo haga. No me mataría a mí, sino que asesinaría al señor Raymond Sanders.

En las mesas cercanas al umbral fue creciendo un rumor de excitados comentarios.

Fue propagándose como un reguero de pólvora.

—Un hombre... apuñalado por la espalda.

—Muerto...

—Dicen que es el hombre de goma del circo que ha llegado hoy.

Daniel Sanders levantóse, y a grandes zancadas llegó hasta el vestíbulo. Dos policías rodeados de curiosos registraban los bolsillos de un individuo tendido de bruces.

Oíase, en aumento progresivo, el molesto chillido metálico de una sirena de ambulancia.

Daniel Sanders no vio a Betty Blondel que, frenética, interrogaba a diestro y siniestro...

Veía tan sólo un mango de marfil sobresaliendo entre los omoplatos de Alvin Sneak, el agente de la «F. B. I.».

## CAPÍTULO X

### TÍTERES

Con eficiencia indiferente dos camilleros se llevaron el cadáver de Alvin Sneak, recubierto por lona tirante, que daba postrera rigidez al hombre que había sido pasmo de las multitudes por su asombrosa elasticidad.

Los policías, acompañados del fotógrafo de guardia, abandonaron el vestíbulo para interrogar al portero, que había sido el primero en recoger al apuñalado.

Dijo que no había visto ningún agresor. Tan sólo al oír un gemido miró... y vio tambalearse a Alvin Sneak.

Sin darse cuenta de lo que veía, contempló Daniel Sanders el movimiento furtivo, con el cual escondía Betty Blondel una diminuta máquina de retratar, provista de mecanismo-depósito de magnesio de relámpago sin explosión.

Una febrilidad alegre iluminaba el semblante de la periodista, que husmeaba el más sensacional de los reportajes.

Se acercó corriendo.

—Oiga, Rex. ¿Quién es Raymond Sanders?... ¿Quién es este japonés estirado y elegantísimo?... ¿Quién es este hombre que acaban de matar y al que ha mirado usted como a un amigo?

—Este hombre no hace ni una hora salvó mi vida.

—Entonces, le han matado para...

—Atienda un consejo, Betty. Váyase a cien millas de distancia si aun es tiempo.

—¿Por qué?

—Porque antes del amanecer morirán muchos...

—¡Qué título más soberbio! Lo veo ya en grandes letras mayúsculas, ocupando el primer plano de las carteleras...

—No lo verá, porque bajo tierra no se leen las lápidas. Váyase lejos, Betty.

—Me quedo. Con usted, al cielo o al infierno, Rex.

Daniel Sanders encogióse de hombros. Regresó hacia la mesa, donde Sojo Nara bebía, a lentos sorbos, un vino color de fresa.

Sentóse Daniel y apuró un gran vaso de agua mineral.

Wanda le miraba con expresión de gata acechando a un gran ratón, que inspira cierto temor.

—Por lo visto, estos peces de platino son muy valiosos, «samurái». Tanto, que morirán muchos antes del amanecer, y usted, naturalmente, cuéntese entre ellos.

—El riesgo continuo es mi droga vital, Sanders.

—Usted, que es tan listo y todo lo adivina, se dará cuenta de que le voy a hacer

papilla.

—Su afecto filial se lo impedirá. ¿Me permite que invite a su compañera a sentarse con nosotros?

—Está bien donde está. ¿Supone, acaso, que estamos en los tiempos feudales y usted es un «samurái» de horca y cuchillo?

—Desciendo de estos «samuráis» a los que alude. Antes empleaban la fuerza bruta. Hemos progresado. Empleo mi cerebro y mi organización. Quien se mezcla en mi red, es un títere cuyos hilos yo muevo... Los sentimientos ajenos constituyen mi poder.

—Trataré de hablar con lógica, «samurái». Éste es un comedor público. Basta con que le coja por el cuello, sacudiéndolo como un apestoso buitres y le entregue a la policía. Se acabó su juego, porque yo no soy un títere, sino un hombre. Le voy a sacudir.

—Hágalo. Y sobreviva a la idea que usted mismo condenó a muerte a su padre. No soy melodramático, joven. Soy preciso y concreto; por esto le advierto que le conviene no moverse mientras yo no lo ordene.

—Muy seguro está de todo.

—Por esto mismo, dicto la siguiente advertencia a la señorita que detrás de Wanda toma taquigráficamente cuanto decimos: queda invitada a venir con nosotros a mi casa de campo. Sola no dará un paso, sin caer fulminada por un disparo.

Miró Sojo Nara hacia donde Betty Blondel, asombrada, le contemplaba incrédula.

—Siga escribiendo, señorita. Si cree que fanfarroneo o estoy loco, haga la prueba y asómese a la calle. Usted, Sanders, quiere convertirme en papilla, según ha tenido la ingenuidad de comunicarme superfluamente, porque se lee tal intención en sus ojos de puma. Hice sacrificio de mi vida hace años. Lo que no sacrifico es mi organización. Entrégueme a la policía, y les será difícil demostrarme nada. Pero el señor Raymond Sanders morirá poco después que yo pise el umbral de una comisaría. ¿Hablo demasiado de prisa, señorita taquígrafa?

Betty Blondel se levantó. Sus ojos, dilatados al máximo, miraban fascinados al japonés. Sentóse maquinalmente junto a Daniel.

—No es posible —dijo, con voz sin entonación—. Es una broma concertada entre ustedes... Es imposible.

—El hombre del vestíbulo estaba bien muerto, ¿no?...

—Es imposible —repitió ella—. Dígame que es una jugarreta muy necia, díganlo..., o chillaré. Todo esto es demasiado inverosímil. El colmo de lo inverosímil.

Sojo Nara hizo un ademán indefinible, como si lamentara la incorregible costumbre femenina de exhibir lo que debería ocultarse como una lacra: los nervios.

—Lo inverosímil, señorita, es lógico donde yo intervengo, y en cualquier asunto donde medien secretos.

Daniel Sanders atajó al «samurái», mordiendo las palabras:

—Cortésmente me permito indicarles, a usted, periodista heroica, y a usted, truculento oriental, que se callen, porque la voz cantante la voy a llevar yo, que soy el principal interesado. No quiero apelar a violencias, si no me incitan a ello. Seamos razonables, Sajo Nasa. Usted, ¿qué se propone, en definitiva?

—Recuperar los peces de platino.

—¿Sólo esto?

—Trato de inmiscuirle en la mente esta necesidad desde nuestra primera entrevista, cuya interrupción ya ha pagado Alvin Sneak.

—¿No seguiré yo después el camino de Alvin Sneak?

—Nadie sufrirá daños irreparables cuando en mi poder esté intacto el cinto que llevaba Hank Storm antes de morir.

—Para mí nada significan estos peces de platino. Vayamos al circo, y yo le aseguro que los conseguiré. Y, después, déjenos tranquilos, que, por mi parte, le juro que no tengo la menor vocación de policía o contraespía. Estos líos me gusta verlos bien retrepado en un butacón de cine.

—No me es posible acceder a su pretensión. Deben ustedes venir conmigo a la casa de campo.

—Iremos en su coche, y usted no nos perderá de vista ni un solo instante. Lo toma o lo deja.

—No está usted en condiciones de dictarme órdenes.

—¿No? Procure no tirar demasiado de los hilos, porque, sí usted me cree un títere, podría ser que se me desarticularan los brazos y las piernas, y lo iban a recoger planchado, como si le hubiera pillado una apisonadora.

Un destello de recelo hizo más denso el color de las pupilas de Sojo Nara.

—Súbitamente se ha puesto usted muy dicharachero y jovial, señor Daniel Sanders.

—Conformidad con el Destino. Creo que los árabes le llaman a esto: fatalismo. Y ya que de razas hablamos, considere que desde este instante somos como los hermanos siameses. Unidos por un cordón, no el umbilical, sino por el condenado asunto de estos pececillos tan importantes. No se separe de mí, que yo no pienso separarme de usted. Igual digo para los dos cromos que nos escuchan muy calladitas. Pida ya la cuenta, «samurái». Usted paga todo. Y usted, Betty, confíe en mí. Le prometo que va a firmar el reportaje del siglo; palabra.

Sojo Nara bebió otro sorbo de «Tokay». Wanda asumía una fingida calma que estaba; muy lejos de sentir.

—Está usted gracioso, «samurái». Igual que el cazador que se encuentra con que de pronto es la liebre la que le apunta con una escopeta. Una sensación muy rara.

—Le advierto que si ha visto en la sala algún policía, su euforia es desplazada; porque no por esto iba a cesar, sino todo lo contrario. La pendiente amenaza sobre Raymond Sanders.

Haciendo catapulta con el pulgar, disparó Daniel Sanders su dedo medio, en seco

golpe, contra la nuez de su interlocutor, que encogió el cuello.

—Cada vez que cite al autor de mis días, Sojo, no se olvide de anteponer la palabra «señor». Y ahora andando. Vamos al circo... No discuta ni argumente, porque estoy harto de charlas. ¡Jefe!

A la exclamación de Daniel Sanders, que provocó miradas de asombro, aproximóse, con digno empaque ofendido, el *maître*.

—La cuenta, que mi amigo tiene prisa. Las cuatro comidas.

Sojo Nara colocó en el platillo unos billetes. El *maître* hizo una reverencia, que demostraba, además de su gratitud, la gran flexibilidad de su espinazo.

Daniel Sanders colocó su mano zurda bajo el axila del japonés. Wanda y Betty Blondel estaban en pie, indecisas.

Fríamente, Sojo Nara comentó:

—Creo que está usted ansiando terminar con este enojoso asunto. Le seguiré, pues, hasta el circo. Puede soltarme.

—Iremos más cómodos en franca unión. Y, naturalmente, espero que sus cuadrilleros no cometerán ninguna torpeza, porque entonces...

—No habrá torpezas. Y recomiendo a la señorita periodista que se abstenga de publicar una sola línea. Es joven, bonita, y sería lástima que sufriera irreparables consecuencias.

Avanzaban por entre las mesas. Llegaron a la antesala. Las dos muchachas del guardarropía les fueron entregando las prendas.

El portero silbó al aparecer Sojo Nara, flanqueado a la derecha por Wanda y a la izquierda por Daniel Sanders, a cuyo lado, Betty Blondel, más que acompañarle, parecía adherirse, echando en rededor miradas escrutadoras e intranquilas.

Un bruñido y obscuro «Cadillac» freno suavemente. Lo conducía Gartyn, y a su lado, Perry. Éste descendió para abrir la portezuela posterior a la señal de Sojo Nara.

—Usted, primero, «samurái»; después que las damas ocupen el sitio de honor que les corresponde.

Ellas dos se sentaron al fondo. Entró Sojo Nara, y, tras él, Ocupó Daniel Sanders el otro plegable.

—Al «Circo Brand» —ordenó, lacónicamente, Sojo Nara.

Perry, que al igual que Gartyn llevaba la diestra vendada, cerró la puerta, y, sentándose junto al que conducía, mantuvo en su rostro la misma inexpresiva estolidez que su compañero.

Arrancó muellemente el «Cadillac». Un repentino forcejeo en los asientos posteriores hizo volver la cara al japonés.

Daniel, ladeado, vigilaba a los dos de delante y a Sojo Nara.

—Quieta, Wanda —dijo, incisivamente, el japonés—. Si he decidido ir al circo, es porque estoy convencido de que el señor Daniel Sanders hará lo imposible por satisfacerme y satisfacerse. No ha lugar a violencias desplazadas y absurdas.

Betty Blondel, sofocada por el esfuerzo, miró orgullosamente a Daniel. Entre sus

dos manos apretaba la diestra de Wanda, hundida en su abultado monedero.

—Quiso sacar una pistola, Rex. La estaba yo observando con el rabillo del ojo.

—Suélteme. Me hace daño —murmuró Wanda.

Se apoderó la periodista del bolso. Y, sintiéndose triunfante auxiliar del protagonista de aquella singular aventura, cuyo epílogo no adivinaba, afirmó:

—Adelante, Rex. Yo no pierdo de vista a esta pájara... ¡Diablos! —exclamó, hurgando en el bolso, por tanteo, sin mirar—. No es una pistola. Es algo redondo, duro, de cuero relleno... Parece una salchicha.

—Una matraca —aclaró Daniel Sanders—. Posiblemente Wanda acarició la ilusión de acariciarme la nuca, y hubiera sido una solemne majadería. Porque el «samurái». Nara sabe, y lo ha reconocido genialmente, que sólo yo puedo lograr averiguar el paradero de los pecelillos de platino.

El «Cadillac» desembocaba ya en la Avenida Lafayette.

—No es preciso que insista, «samurái», puesto que ya se ha dado usted cuenta de que debe abandonar conmigo toda truculencia. Tan seguro como yo no maté a Hank Storm, es que en nada me interesan los secretillos ajenos. No soy de la «F. B. I.» ni policía. Entraremos, pues, en el circo, con el propósito de terminar con este dichoso lío. Yo soy, sencillamente, un vaquero que quiere vivir y recorrer mundo. ¿Está todo claro?

—Lo parece al menos, y razona usted con mucha sensatez. Y espero que la señorita sabrá comprender mi consejo. Nada le sucederá mientras nada publique de cuanto se ha hablado entre nosotros. ¿Puedo saber el plan que ha ideado para obtener lo que deseo, Sanders?

—Algo tan sencillo que le asombrará, Sojo Nara. Y le asombrará, porque usted está envenenado debido a su azarosa profesión y elige siempre medios tortuosos. Yo, no. Yo voy al bulto.

Wanda habló, roncamente.

—No fíes en este hombre, Sojo. Finge ingenuidad.

Sojo Nara se encogió de hombros, como fastidiado.

—Al parecer, te has olvidado de lo que él no olvida: la segura garantía que *Mr. Raymond Sanders* nos supone.

El «Cadillac» se detuvo en la amplia explanada que daba frente a la entrada principal del circo.

Descendió por su lado el barón, y tras él, deslizó su larga anatomía Daniel Sanders.

Hundida la diestra en el bolsillo de su chaqueta, empuñando la matraca, Betty Blondel descendió tras Wanda.

Al volante permaneció Gartyn. Perry iba a descender, pero Sojo Nara ordenó:

—En marcha a mi casa de campo. Si dentro de un cuarto de hora no regresamos los cuatro en buena armonía... ya sabéis.

Hizo una pausa significativa.

—Cuando quiera, Daniel Sanders.

El joven sonrió, aunque crispadas las mandíbulas.

—Usted primero, «samurái». Le gustará la privada función de circo que en su honor va a tener lugar. Adelántese, Betty, y advierta al señor Maxence Brand que deseo hablarle en privado, y que es urgente. Va a empezar la función de los títeres.

## CAPÍTULO XI

### EFLUVIOS DE LA SELVA

Maxence Brand estaba en compañía de Graham Lefer. A éste iba resultándole muy instructiva la información abundante que el dueño del circo prodigaba muy voluntariamente.

Candy, el pecoso, subió los tres peldaños del vagón.

—Una señorita, amiga del señor Rex Fox, viene a decirle...

Precipitadamente, Maxence Brand salió del vagón.

—¿Dónde está Rex? —preguntó, a modo de saludo, mirando a la periodista, que a su vez le miró con recelo.

—Quiere hablar privadamente con usted.

Maxence Brand corrió al encuentro de Daniel Sanders, sin parar mientes en la elegante pareja que le acompañaba.

—Oiga, Rex; ahora resulta que Alvin Sneak es...

—Hablo yo, Maxen —atajó Daniel Sanders—. El tiempo apremia y las palabras han de ser telegramáticas. Son las nueve y media. Si quiere usted que siga trabajando en su circo, ahora mismo da órdenes que monten la jaula y dejen dispuesto a «Terror» para que lo cabalque inmediatamente.

Maxence Brand miraba interesado a los dos desconocidos.

—Le presento al «samurái». Sojo Nara y su esposa Wanda, que tienen un peculiar interés por ciertos animalillos.

—Tanto gusto, caballero. A sus pies, señora. Pero ¿qué endemoniado capricho se le ocurre, Rex? Tenga presente que a las diez en punto empieza la función y...

—Son ya las nueve y treinta y cuatro. ¿Quiere o no quiere que me quede definitivamente en su pocilga?

Maxence Brand alejóse corriendo. Se le oyó prodigar generosamente órdenes perentorias.

Graham Lefer se aproximaba, y junto a él un individuo, desnudo el atlético busto surcado de cicatrices. Llevaba pantalones de gamuza con flecos laterales y mocasines indios.

Desprendía olor a cubil, a sudores de fiera... Su mirada era dura, estriados sanguinolentamente los claros ojos.

—Domador Dujardin —se presentó él mismo.

—El domador y el cazador —dijo Daniel, señalando, respectivamente, a Dujardin y a Graham Lefer—. También se interesan ellos en animalillos, Sojo Nara. En cuanto a su auto y los dos gañanes, no tendrán que marcharse dentro de un cuarto de hora,

como les avisó.

A Medida que hablaba miraba a Graham Lefer. Añadió:

—¿No huele a efluvios de selva, «samurái»?

El domador Dujardin elevó los hombros, en gesto que daba a entender que los comentarios ajenos le tenían sin cuidado.

Notábase una repentina animación. Transitaban a medio vestir hacia la pista individuos transportando parcelas de rejas.

Martens, el prestidigitador holandés, agente de Sojo Nara, pasó precipitadamente, con un pestañeo rápido, al divisar al japonés y a su esposa.

—Será una exhibición particular, «samurái» —explicó Daniel Sanders—. Y el autor de la muerte de Hank Storm se desenmascarará. Verá cuán sencillamente, sin policías ni truculencias, tratará de escapar y abandonar el circo. He encontrado el medio seguro.

—Si escapa, ¿cómo...? —empezó a decir Betty Blondel, que parecía íntima amiga de Wanda, a cuyo brazo asíase.

—Sabremos quién es, que es lo que importa. Venga conmigo, «samurái», que por el camino le explicaré el truco. Ustedes, señoritas, serán espectadoras, y si usted quiere trabajar, cazador —dirigióse a Graham Lefer—, eche el lazo al que pretenda escapar después de mi particularísima exhibición.

En la pista, alzábase ya la armazón de la jaula, que servía por igual al desbravador como al domador.

Muchos componentes del circo, mordisqueando emparedados y frutas, acomodábanse en las butacas de primera fila, intrigados.

Maxence Brand adelantóse.

—¿De qué se trata, Rex? Faltan veinte minutos.

—Inmediatamente lo sabrá, como todos.

Candy, junto al cajón que contenía al potro bronco, alzó la compuerta de entrada a la pista, por la que Daniel Sanders empujó a Sojo Nara, con cierta brutalidad.

—Cuidado —advirtió Sojo Nara, en voz baja, sin descomponer, su aristocrática prestancia—. No sé lo que se propone, pero no eche en olvido que cualquier imprudencia...

—... puede causar la muerte del artista. Ya lo sé. Eso lo dicen todos los jefes de pista.

Asió Daniel Sanders por los hombros al japonés, colocándolo delante suyo. Miró a cuantos alrededor de la jaula, mostraban los rostros expectantes, asombrados.

—Os presento al «samurái». Sojo Nara, camaradas.

—¿Qué es «samurái»? —gritó un mozo.

—Noble caballero descendiente de nobilísimos japoneses guerreros, que iban contentos al suicidio porque tenían la convicción de que resucitaban en otro guerrero.

—Ya... Bien, ¿y qué más, Rex?

—Este «samurái» es un talento que cree que el mundo se compone de títeres y

marionetas, y que él maneja todos los hilos. Esta misma tarde, mientras todos nosotros nos dedicábamos a divertir al monstruo de las mil cabezas, alguien murió apuñalado...

—Oye, Rex: ¿es de veras, o es un número nuevo que estás ensayando?

—El «samurái». Sojo Nara sabe quién es el autor de esta muerte, pero... no quiere decírmelo. Libres quedáis todos de creer que es un número especial que os voy a enseñar. Poco a poco vais llenando las primeras filas, las butacas caras. No siempre hemos de ser actores, y por esto mismo, seréis buenos espectadores. Sojo Nara sabe quién mató a uno de nuestros compañeros —mintió Daniel Sanders, sin soltar los hombros del japonés—. Presume de tener los triunfos en la mano. Y de ser impasible. Yo estoy dispuesto a obligarle a que cante, con mejor o peor voz. ¡Nos dirá quién mató a un compañero nuestro!

Sojo Nara continuaba pétreo, indiferente... Bisbiseó:

—*Mr. Raymond Sanders* pagará lo que usted...

—¡Acaba ya, lirio! —rió Daniel Sanders—. Al principio me lo creí. Porque todo es posible con vosotros; pero después hice un cálculo sencillísimo. No había tiempo material para llegar al rancho. Puede usted saber quién soy, pero, afortunadamente, a mi viejo no hay quien lo secuestre —y, alzando la voz, añadió—: Vuestro silencio, estimado público, es la mejor de mis recompensas. ¡Vamos, Candy! ¡Suelta a «Terror»!

El muchacho rodó los ojos, asustado, pero, maquinalmente, levantó la compuerta delantera.

«Terror» relinchó agudamente, bajando la cabeza, que colocó entre sus dos patas delanteras.

Temblaban sus ancas y por sus fosas nasales brotaba levísimo vapor...

—Es un «bronco», Sojo Nara. No entiende de finuras. Sin jinete, pisotea y destroza.

—Yo no sé quién mató a Hank Storm... —dijo el japonés.

«Terror» coceó el sólido madero posterior, y, de pronto, raudo como un bólido disparado de muelles, dirigióse rectamente hacia el grupo que formaban los dos hombres.

La jaula estaba ajustada desde el exterior y no podía abrirse desde dentro.

Sojo Nara dio un salto ridículo, en grotesca contorsión de pánico. Daniel Sanders brincó en sentido opuesto.

Y cuantos asistían sin comprender —algunos creyendo que era un nuevo número circense—, maravilláronse otra vez ante la selvática elasticidad felina, con la cual el larguirucho vaquero quedaba asiendo con una mano las crines del potro indomable, mientras sus piernas arqueábanse, ceñidas a los flancos poderosos del negro potro de ojos iracundos.

—¡Yuuuu!...

El aullido escalofriante rasgó el silencio, poblado sólo por el recio repicar de los

cascos.

Sojo Nara alzó los brazos como para protegerse. Perdida toda compostura, semejaba un pelele.

—¿Quién mató? —gritó Daniel Sanders.

Encabritando el potro, le hizo agitar las patas a escasa distancia del japonés, que, para zafarse de la embestida, corrió a un lado de la jaula.

Aplaudieron varios.

Era un número emocionante, con tanto verismo, que el público creyó realidad cuanto sucedía viendo la patética mímica, digna de un gran actor, con la que el tipo del frac descomponíase, sudoroso y agitado, simulando querer huir.

Ésta era la impresión que todos iban teniendo, menos unos cuantos, entre los que se contaba el que mató a Hank Storm...

—¿Quién mató?

Eran dos palabras, en pregunta repetida, que daban colorido a la persecución y acorralamiento.

Un mozo le dijo al payaso, su vecino:

—Tiene mérito. Ese Rex monta maravillosamente.

—Más mérito tiene el comparsa. Fíjate bien en que si le fallase al vaquero el dominio del jinete..., recogerían al comparsa hecho migas. Es brutalmente espectacular..., pero no hay duda que el comparsa del frac arriesga el pellejo.

Varias gargantas emitieron un chillido... Sojo Nara, agotado, jadeante, revulsos los ojos, acababa de dar un traspies, cayendo atravesado ante el caballo.

Y en alto las patas, «Terror», cabeceando, iba a chocar con sus cascos al pelele derribado.

Sobre los remos traseros giró, a la brutal sacudida que en su cuello imprimió Daniel Sanders, asiéndole las crines con las dos manos en hercúleo tirón.

Los cascos pisotearon sonoramente a un metro del yacente...

—¿Quién mató?

Arrastrándose, sollozando histéricamente, Sojo Nara llegó hasta los barrotes, aferrado a los cuales fue alzándose, tratando de adherirse lo más posible al hierro.

Cuando iba a gritar que ignoraba quien apuñaló a Hank Storm, prorrumpía Daniel Sanders en su salvaje aullido indio, y encabritaba de nuevo su montura abalanzándola hacia el que manteníase en pie, gracias a estar sosteniéndose en los barrotes.

—¡Basta! —gritó Graham Lefer, apareciendo junto a Candy—. ¡Han pasado cinco minutos!

Maxence Brand chilló aliviado:

—¡Eso es! ¡Ya han pasado los cinco minutos! ¡Desmonten! ¡Queda aceptado este número, Rex! ¡Al lazo, Candy!

Los improvisados espectadores dispersándose encamináronse a sus respectivos vagones. Los mozos manejaban con rapidez los cierres y las viguetas de apuntalamiento.

«Terror» resoplando, y lustroso de espuma y sudor, quedaba encerrado en su cajón.

Todo transcurrió en el breve espacio de siete minutos. A Sojo Nara, enloquecido, agotado, sostúvole Daniel Sanders, que lo llevó en vilo hasta el vagón número siete.

Lo tendió en el camastro.

—El olor a selva no se ha disipado aún, «samurái». Me oye perfectamente aunque esté entontecido. No se puede jugar impunemente con los sentimientos y las vidas ajenas. Si no le ha bastado este numerito, tengo otro preparado.

Sojo Nara rodó los ojos en mueca de terror abyecto, agitó las manos como denegando.

—Hay una, pantera muy hermosa. Su jaula tiene dos compartimientos. Se alza una de las rejas y, ayudándola con el mango del látigo, su domador la obliga a pasar al otro compartimiento, cuando hay que limpiar la doble jaula. ¿Se va enterando?

Asintió con débil cabezada Sojo Nara.

—Usted va a hablar y claramente, «samurái»; y le advierto que cuando estemos dentro de la casita de doña Pantera tendrá menos posibilidades, porque si bien domino broncos, no entiendo ni jota de panteras, aunque con una silla y un látigo, aguantaré unos minutos con usted a mi lado.

Sojo Nara sacudió lentamente la cabeza, murmurando:

—Yo no sé quién mató a Hank Storm.

—Esto ya no me interesa.

—Entonces, por lo que más quiera...

—Me ha metido usted en un lío, y yo soy hombre pacífico; pero cuando me buscan las cosquillas soy muy bestia y el relente de selva, en que he vivido años y años, asoma.

—¿Qué quiere saber?

—Simple curiosidad. Sea sincero o iremos a visitar la hermosa pantera. Ya ha visto. Todos creen que es usted un comparsa mío. Para el circo, todo se traduce en nuevos números arriesgados y espectaculares. ¿Dónde está su casa de campo?

Tras el vagón, junto a los chiqueros donde los tres potros cabeceaban dócilmente, ocultos los belfos en el saco de avena, Graham Lefer escuchaba atentamente la conversación.

Sojo Nara respiró a fondo.

—¿Vamos a hacer una visita a doña Pantera, «samurái»?

—Kilómetro trece de la carretera, entre Seattle y Vernon. Deme un poco de coñac, ¿quiere?

Fuera, Graham Lefer se apartó. Ya sabía dónde estaba la guarida del que mandaba en Sojo Nara.

La voz de Sojo Nara iba afirmándose. Se incorporó a medias, arreglándose el arrugadísimo cuello duro, emblandecido por los copiosos sudores mortales sufridos en la pista.

—¿Es del «F. B. I.», Sanders? —inquirió con metálica entonación y de nuevo seremos los ojos, después de apurar el gran vaso de coñac que le había servido el joven.

—No. Pero el que pregunta soy yo, Sojo.

—Pregunte, pues.

—Tengo la certeza intuitiva de que mi padre no corre ningún peligro. Estos trucos de película sé que los emplean a veces, los tipos de su profesión. Pero quisiera tener palpable certeza. ¿Era mentira, verdad, Sojo?

—Por espionaje me pueden sentenciar a cinco años de presidio; por secuestro y asesinato a silla eléctrica. Yo ni secuestré ni pensaba matar al señor Raymond Sanders.

—Bien. Pero ¿y qué pasa con Alvin Sneak?

—No le maté ni le hice matar.

—¡Cáspita! ¿Nueva complicación? Ya lo resolverá Lefer. Pero usted va de cabeza a presidio.

—Saldré pronto. Nos volveremos a ver, joven salvaje.

Rió Daniel Sanders, amablemente:

—Yo soy buen deportista, Sojo. Usted se equivocó conmigo, y por poco le cuesta carísima la equivocación.

—Tarde me he dado cuenta, Sanders. Pero lo que no mata endurece y siempre acepto con filosofía las lecciones.

Tenía los brazos cruzados ante el pecho, y, de pronto, su diestra apareció armada con una automática encañonada hacia Daniel Sanders, que retrocedió.

—Paso, Sanders. Apretaré el gatillo si se mueve.

Se puso en pie, deslizándose hacia el final del camastro.

Daniel Sanders, sonriendo, retrocedió hasta quedar ante la puerta.

—Paso, Sanders. En la pista no disparé, porque había gente... Tiene silenciador esta pistola... Un silbido y habrá terminado su tonta actitud. Ahora soy yo quien manda. Apártese...

Apretó por dos veces consecutivas el gatillo, y sus cejas se arquearon, asombradas.

Volvió a disparar.

—No se canse, Sojo. En sus correrías le cayó el arma. Se la devolví, metiéndosela en la funda sobaquera, cuando usted estaba completamente alelado... Claro que, por si acaso, quité el cargador y vacié la recámara.

Sojo Nara, exasperado, arrojó la inservible arma de fuego contra la cabeza del que, con su risueña burla, le sacaba de quicio.

Hurtó, en hábil esquiva, el joven y la vacía culata se estrelló contra la puerta.

—Ya le he zurrado bastante, «samurái» y a su estilo. No limpiamente con los puños, sino con salvaje cerebralidad... ¿Quién?

Acababan de golpear la puerta.

Sin perder de vista al japonés, descornó el pestillo.

A sus espaldas una voz desconocida, dijo:

—Policía. ¿El llamado Sojo Nara?

—Todo vuestro, amigos —rió Daniel Sanders, apartándose.

Dos hombres de paisano entraron. Uno de ellos con breve saludo al joven, adelantóse con unas esposas que colocó alrededor de las muñecas de Sojo Nara.

El otro inició la retirada.

—Un momento, amigos —sonrió Daniel Sanders—. En estos turbios asuntos no se ve claro nunca. ¡Candy!

El pecoso asomó el rostro admirativo, casi en blanco los ojos, mirando a su ídolo.

—Llama al sargento Lefer para que certifique que estos caballeros son de su camarilla.

—Vi como el sargento les enviaba aquí, señor Rex.

—Adelante, amigos, y excusen la breve desconfianza. Siempre he pensado que lo más parecido a un pistolero es un agente del orden. Adiós, Sojo Nara, y a ser buen chico. El pijama rayado no le sentará mal, dada su natural elegancia.

Tendióse Daniel Sanders en el camastro tan pronto hubiéronse alejado los dos policías con su prisionero.

Candy manifestó:

—El sargento Lefer me ha dicho que le comunicase que ha ido a la casa de campo del kilómetro trece. Que cuando regrese vendrá a saludarle.

Daniel Sanders desperezóse con placer.

—¿Dijo más?

—Que los peces de platino los tenía Li-Han, al que se han llevado detenido. Parece que fue el que mató a Hank Storm.

—Seguramente quería quedarse con todo el platino. ¿Y qué contendrá todo esto? Bueno; ya me lo contará Lefer. ¡Vaya, vaya! Inconvenientes de dejar la puerta abierta, joven pecas.

Betty Blondel, chispeantes los ojos, alborotada, entró corriendo. Candy, intrigadísimo, creyó en una agresión.

La periodista, abalanzada, rodeaba con sus brazos el cuello del que, incorporado, recibió una serie de sonoros besos.

—Gracias, gracias y gracias —dijo ella, enderezándose.

—Las que usted rebosa.

—El reportaje del siglo. ¡Redada completa de espías! Se han llevado a Wanda y a los dos brutos del volante. No sé cómo agradecerle la ocasión tan estupenda que me ha proporcionado. ¡Ah, el viejo tirano que me despidió!... Pagaré buenos, billetes, si quiere publicar mi artículo.

—Oiga, Betty. A mí no me mezcle en su reportaje. No me gusta esta clase de celebridad. Donde estuve yo, ponga a Lefer, que para eso es policía. ¿Lo hará así, verdad? No quisiera enojarme con usted... ¿Estamos?

—Tampoco yo quiero verme corriendo por la jaula, perseguida por un caballo loco, y un vaquero más loco aún. ¡Hasta pronto, Rex!

—Hasta cuando quiera, Betty.

Apenas hubo ella desaparecido, con la misma celeridad que había venido, comentó Daniel Sanders:

—Cuando seas mayor, pecoso, recuerda siempre que nada hay más bonito que una mujer, pero también nada más desconcertante. Este lindo huracán que acaba de salir era, apenas hace media hora, una gentil doncella llorosa y atractiva. En fin, la función va a empezar. Acércame los zahones, pecoso, que ya redoblan los tambores.

Trombones, clarinetes y tambores formaban un enorme estrépito y, a intervalos, oíase la experta voz de Maxence Brand, que, en substitución del difunto Alvin Sneak, invitaba:

—¡Pasen, pasen, señoras y caballeros! ¡Las más escalofriantes atracciones las ofrece el «Brand Circus»! ¡Tigres, leones, panteras!... ¡El vaquero loco! ¡Pasen, pasen!

Daniel Sanders se ajustaba el cinto. Murmuró:

—¡Cáspita! ¿Fuegos de artificio?

Pero sabía perfectamente que los tres estampidos cercanos, que uno tras otro acababa de oír, eran tres disparos de pistola.

—Cierra la puerta, pecoso, que hay corriente. Hoy he trabajado bastante por ser mi primer día. Ya sabremos luego lo que sucedió. Graham Lefer irá aclarando. ¡Quieto, «Satán»! Debemos dejar que se diviertan también los animales de la selva humana.

## CAPÍTULO XII

### ALTERACIONES DEL PROGRAMA

—¡Faltan quince minutos, Rex! —clamó alguien al otro lado de la cerrada puerta del vagón número siete.

Abrió Daniel Sanders, y Maxence Brand entró, resoplando.

—Dejé a Kurt dirigiendo la pista, Rex. Sentémonos. Bueno, eso es; me siento. Otra novecita como ésta y renuncio, renuncio. Vete a ver si estoy en la cocina, Candy. Tengo que hablar en privado con míster Fox. Tienes cinco minutos para hurgarte las narices fuera. ¡Qué endemoniado y espantoso barullo!

—Usted es el eximio organizador de barullos bien sincronizados, Maxen.

—Y usted es una nevera ambulante. A ratos, un volcán y, ahora, un verdadero pez.

—Por favor. Olvidemos los peces. ¿Quién anduvo a tiros hace apenas unos dos minutos?

—Pancho.

—¡Nueces! ¿Y por qué?

—El sargento Lefer, que es un lince talentado, descubrió que fue Pancho quién mató a Alvin Sneak, por celos. Leonor, por lo que se desprende...

—Corramos un tupido velo. ¿Quién mató a Hank Storm?

—Li-Han.

—¡Sopla!

—Eso es. ¡Horrible, horrible! Sin cocinero, sin lanzador de puñales, sin prestidigitador... A Martens se lo llevaron con el japonés y la señorita que vino con la periodista. ¡Tengo que alterar el programa, así de pronto! ¡Una hecatombe!

—Realmente es de lamentar tanto ligero contratiempo, Maxen.

—No ironice, vaquero. Usted estará acostumbrado a andar entre tiros y entre sangrientas camorras, pero yo soy un simple director del mejor circo del mundo. Y ahora, confidencialmente, ¿qué le ha hecho usted a Leonor?

—¿Yo? Hombre, eso sí que es el colmo. ¿Por qué?

—Parece que tiene miedo de verse con usted, y eso que no hay hombre que le asuste. ¿Usted está, conmigo, Rex?

—Estamos uno delante del otro, caramba.

—Me refiero a si quiere ayudarme.

—Sí.

—Pues, métase seis minutos en la pista con Leonor, que queda viuda temporal por largo tiempo, y con otros tres minutos más que funcione de suplemento Dujardin,

el domador, rellenamos el vacío.

—Si cree que voy a encasquetarme el turbante y soplar en una caña, acompañando los contoneos de la vampiresa Leonor, desengáñese, Maxen. Cuando me entren pujos de payaso se lo haré saber.

—No, hombre, no. Usted es un producto de la montaña, un vaquero viril y sin civilizar... para el público. Leonor estaba ya cansada de Pancho. Acepta que usted la persiga.

—¡Cáspita! Me gusta, pero no me bulle tanto la sangre. Además, cuando la vea tal vez la persiga, pero será con un látigo.

—Usted ya me ha entendido. Haga con ella lo mismo que hacía con el japonés.

—Valiente es la damita.

—Le gusta el peligro, y confía en usted. ¿Trato hecho?

—Indudablemente al público le gustaría mucho ver a la vampiresa oriental corriendo por la jaula. Envíeme a Leonor.

—Está temerosa, esperando a que salga yo para venir.

—Tranquilícela.

—Me voy. Lefer es un gran sujeto. ¡Ah! Me dio esto para usted. Dice que es confidencial.

Entregó un sobre cerrado, añadiendo hacia la puerta:

—Nos vamos tan pronto terminemos. A San Francisco. ¡Qué barullo, qué barullo! A última hora tener que alterar el programa.

Salió del vagón, mientras, rasgando el sobre, leía Sanders:

*«Me falta el “Principal”. Voy en su busca a la casa de campo. Vigile atentamente todos los movimientos del domador André Dujardin, cuando se le acerque. Cuidado».*

En el umbral, con unas falsas trenzas, un maquillaje ocre y una larga túnica que la moldeaba, Leonor, convertida en india, titubeaba en entrar.

—Adelante, preciosa; adelante. Vamos a aclarar un punto.

Ella mostró las dos manos que ocultaba tras la espalda, y mientras avanzaba, temerosa, la mirada, dejó sobre la mesita diez billetes de mil dólares.

—Yo no sabía nada, Rex. El prestidigitador Martens me dijo que cobraría diez mil grandes si lograba que usted penetrase en el primer piso de una casa que me indicó. Yo...

—Diez mil son mucha plata.

—Es de usted.

—Tanta generosidad me abruma. Tengo ganas de darle una paliza, Leonor, pero no sé cómo empezar.

—Me la merezco. Estoy muy avergonzada.

—Y yo con un chichón en la cabeza. Bueno, vamos a olvidarlo. Esos diez mil para mí. Ahora bien; hay algo que es imposible olvidar, porque va en ello la vida de un hombre.

Los ojos de Sanders sonreían, pero mostraban dureza.

—Murió Alvin Sneak, vampiresa.

—Celos injustificados de Pancho. Se lo juro. Alvin Sneak veíase a solas conmigo, pero era para sonsacarme cuanto yo pudiera saber acerca de Li-Han y Martens. Primero creí que él también había apuñalado a Storm.

—¿Quién?

—Pancho. Era un peligro constante, porque simulaba no tener desconfianza, y me molestaba porque yo... no soy lo que parezco.

—Seguro... Me llevó a cenar y me dieron con una cachiporra.

—Diez mil dólares me hicieron perder el sentido.

—El sentido lo perdí yo.

—Puedo parecer vampiresa, pero detesto a los que se lo figuran y no ven en mí más que una muñeca sensual, sin corazón.

—Hablemos de lo que desea Maxen. No me complace el número porque choca con mis ideas personales acerca de la feminidad.

—Me lo suponía —dijo ella, con voz pálida—. Por esto quiero hablarle. Para proponerle un cambio que será más de su agrado. Usted es de los pocos caballeros que quedan.

—Sí; monto mucho a caballo.

—Tiene escrúpulos y es bueno. Me ha perdonado.

—Bueno, pero sin lloriquear, ¿eh?

—Escuche, Rex. La vida errante endurece, pero no quiero que me crea mala chica. Ya somos pareja y hemos de trabajar juntos. Prefiero, pues tengo la ocasión de tratar con un caballero, que seamos amigos. Todas rabian por conseguir que usted las distinga. La mayoría de ellas para hacer rabiar a las otras, aunque reconozco que es usted un guapo mozo.

—Gracias. Abrevie, que tengo prisa por ver a un amigo.

—Si quiere tranquilidad, le convendrá hacer creer a las demás que usted y yo formamos pareja... completa, ¿entiende? Y así, quedaremos tranquilos usted y yo, ¿me considera cínica?

—Consejera hábil, Leonor. ¿Cuál es el otro cambio que ha meditado usted en nuestra confraternidad?

Sonrió ella, ya desaparecido todo cohibimiento.

—Un número de gran efecto. Seremos el éxito, y nos dará Maxen un salto en el programa. Se lo he propuesto y dice que le gusta, si usted acepta: Es fácil.

—Veamos.

—Usted monta sus tres, minutos y después colocan la plancha al fondo conmigo, que apareceré atada. Usted galopa y aúlla, y a cada toque estridente de corneta, me

tira un cuchillo. Primero al brazo derecho y luego al izquierdo. Los sostendré en cruz. Después a los costados y por último a los tobillos. Seis cuchillos y quedará... desvestida de la túnica india.

—No se ha acabado aún el día y tengo serios barruntos de que me van a encerrar en un manicomio. Son ustedes graciosísimos, o están para que los aten.

—¿Por qué?

—Exponía menos el japonés. Usted está pidiendo a gritos una camisa de fuerza, o un ataúd. Lanzar cuchillos desde un penco saltarín, no lo haría ni Pancho. Y si añadimos que lanzar cuchillos es un ejercicio nuevo para mí, comprenderá que abrigo justas dudas sobre el estado mental suyo y de Maxen.

—La plancha tiene electroimanes, Rex. Y los cuchillos contrapeso. Los lanza usted con fuerza, bastando que apunte hacia lo alto de la plancha primero, al centro después y, por último, abajo. Los electroimanes se encargan de enfundar los cuchillos en los sitios precisos. ¿Cree usted que me iba yo a exponer a que me ensartaran viva? Pancho lanzaba bien y, no obstante, funcionaban los electroimanes. Es una plancha científicamente preparada. Mis manos presionan los distintos botones bajo la tela, y no hay fallo posible. Comprenda que si lo hubiera no me arriesgaría yo.

—¿Los tigres son gatos rodeados de cristales de aumento? Ya todo me parece truco.

—No todo. ¿Lo es el modo que tiene usted de desbravar? ¿Aviso a los de la plancha?

—Bueno.

—¿Amigos, Rex?

—Mientras no me demuestre lo contrario, amigos, Leonor.

Tendió él cinco billetes, diciendo:

—Fue un negocio a medias. Pero si me entero que lo repite usted con otro, pagará por los dos.

—¡Gracias! ¡Le juro que seré buena!

Alejóse ella, y Daniel meditó que las sorpresas circense eran continuas. Y también que lo momentánea amistad con la mejicana era circunstancial.

Había demasiado ardor y felinidad en la hermosa compañera que le había deparado el destino, en su primera salida de «estudios».

¿Y el domador Dujardin? ¿Por qué le prevenía Graham Lefer? ¿Y qué andaría haciendo Graham Lefer?

\* \* \*

En el kilómetro trece de la carretera de Seattle a Vernon, detuvo Graham Lefer el coche de Sojo Nara.

Tenía en su poder los peces de platino y el libro clave. Le faltaba un eslabón para cerrar la cadena: el «Principal».

Un breve interrogatorio a Sojo Nara había sido poco aclaratorio:

—En la casa de campo está quien nos manda.

—¿Quién es? —había inquirido Lefer.

—No lo sé.

—Pueden triplicarle la condena por encubrir, Sojo Nara.

—Yo recibí el encargo de recoger de manos de Hank Storm el cinto conteniendo los peces de platino. Quien me dio el encargo me habló en dicha casa de campo, oculto tras un reflector. Y cada vez fue idéntico el modo de recibirme. Esta noche me espera a las diez y media. A mí solo.

Y ahora Graham Lefer se internaba por la espesura que rodeaba la casa, descrita por Sojo Nara.

Tenía su sospecha. Pero eran tan intrincados los laberintos de la guerra entre los servicios secretos, que prefería aguardar a hallarse junto al reflector.

Un plano completo de la casa le había sido entregado por Sojo Nara que, verbalmente, fue dictando a un dibujante.

Pero no podía fiar, aunque Sojo Nara estaba completamente dispuesto a aminorar su condena.

Penetró en el garaje, y, tal como le dijera Sojo Nara, golpeó sobre un disco colgado de un trípode.

El batintín resonó como un gongo. Apareció en un hueco la caja de un montacargas.



*Acababa de dar un traspies cayendo atravesado ante...*

Así dijo Sojo Nara que el «Principal» le recibía. Meterse en el montacargas... era exponerse a ser recibido a tiros.

Graham Lefer tenía una convicción. No estaba todavía fundida la bala que le daría muerte.

Fue ascendiendo en el montacargas, preparados sus ojos a sufrir la descarga de luz del reflector.

Cuándo divisó la raya de luz, cerró los párpados, y saltó velozmente al detenerse el montacargas.

Corrió hacia el reflector dando un rodeo lateral. Una sombra flexible vestida con capucha y larga capa, corrió también.

Graham Lefer tiróse en zambullida vertical, y quedó abrazado a una cintura... La lucha, silenciosa, demostraba en su rival una musculatura de energía nerviosa.

Por un instante, quedó quieto, y la negra figura logró zafarse, desenvainando un largo estilete.

Lo que había paralizado por un instante a Graham Lefer, pese a sus sospechas, era haber abrazado el busto de una mujer, de cabellos muy semejantes a Betty Blondel.

\* \* \*

Eran las once. Las ovaciones habían sido ensordecedoras, premiando la espectacular actuación de seis minutos del «vaquero loco».

Presenciaba ahora Daniel Sanders cómo André Dujardin iba dando de comer a sus fieras, enjauladas en dos vagones.

El domador francés pasó varias veces delante suyo, lanzándole ojeadas escrutadoras.

Acababa de tender, al extremo de un palo puntiagudo, un gran pedazo de carne sangrienta a un espléndido ejemplar de tigre, cuando por encima del hombro, habló:

—La manera con que mira usted a mis animales, me agrada, Rex Fox. No es sólo curiosidad; es aprecio. Si no sé lo han dicho ya, se lo digo yo. No soy misántropo, pero casi, casi... Cuanto más conozco a mis animales, tanto más me doy cuenta que, a la inversa de lo que sucede con los humanos, se les toma cariño. Son instintos sin perversidad; quieren morder y arañar porque para eso nacieron, pero sin perfidia, sin maldad.

—Me tendrían que dar mucha plata para que me metiera con ellos dentro de la jaula como hace usted, Dujardin.

—No montaría yo los tres «brancos» así me dieran mil dólares por sesión. Todo es cuestión de costumbre y afición, Rex Fox. Usted quiere a los caballos, y yo quiera a mis fieras. ¿Le han dicho que vamos a ser compañeros de vagón?

Enarcó Daniel las cejas y el francés añadió:

—Las señoras viajan y viven juntas. *Madame* Dujardin convive con otras cuatro esposas y así reina la mejor concordia.

—No la he visto esta noche...

—Está últimamente algo delicada. En la escala de Honolulu, cogió el avión hasta

aquí para entrevistarse con un especialista. Y esta noche ha ido a someterse a un reconocimiento general. Pese a su apariencia de tigresa cruel, *Madame* Dujardin es muy sentimental. Añora una casita junto al Sena. Con gallinero y una cocina fija y sin ruedas. Ella, al verle, me afirmó que hay un misterio en su vida de usted, Rex.

—¿Usted cree?

—Procure no decepcionarla, porque el folletín, encanta a Eva, y en especial a *Madame*. Si ella inquiriere discretamente si es usted un príncipe oriental de incógnito o el hijo de un marqués español, sonría misteriosamente, Rex. Gracias.

—Así lo haré. Falta, hora y cuarto para terminar la función. ¿Un paseo, Dujardin, y sellamos con unas copas nuestra condición de compañeros de hogar?

—Con sumo gusto.

Fue el domador dejando caer las lonas que cubrían las rejas. A la vez silbaba unos compases, extraños.

Cuando las dos jaulas quedaron cubiertas, explicó, cesando de silbar:

—«Saben» que ahora pueden dormir, porque nadie les molestará. Son muy sensibles y aborrecen las miradas de miedo y repulsión. Gruñen... Por esto no gruñeron al verle como les miraba. Gracias.

—¿Qué silbaba usted?

—Una canción francesa muy sentimental: «Sesteando en el heno». Se han acostumbrado a oírla cuándo los invito a dormir.

—Ha acariciado tan sólo la cabeza del león que tiene motas negras en las crines. ¿Es su preferido?

—El más fiel. Es el que vigila a los otros cuando estamos juntos, trabajando. A él le vuelvo la espalda sin recelo.

—¿Cómo sabe que es fiel?

—Estuve una vez seis días en el hospital. «Nerón», el leopardo, me cogió desprevenido. Me Sustituyó un bruto que se creía el mejor domador. Y este león de crines moteadas le demostró que sólo yo podía fustigar y ordenar.

—¿Cómo... lo demostró?

—Sin abusos. Sencillamente, lo dejó manco. Azares del oficio. Permítame una pregunta: Para ir con usted, ¿en vez del bastón con el cual acostumbro a pasear, tendré que llevarme un fusil ametrallador? Parece ser que ha sido usted el señuelo de una banda de espías internacionales.

—Cesó la alarma. El sargento Lefer limpió de peligros mi camino.

—¿Quién limpió a quién? Tanta modestia es perjudicial en un circo, Rex Fox... pero, particularmente, me resulta usted muy tratable. ¿Le han dicho que tiene a instantes pupilas de puma?

—Un motivo para que le sea simpático, domador. ¿Vamos?

—Donde quiera.

Atrás quedaba el eco del redoblar, con el que en la pista se preparaba uno de los cotidianos ejercicios en que alguien se jugaba la existencia... para poder comer.

Y tal vez la evocación, sugirió en el francés su comentario:

—Simpaticé con usted, vaquero, porque es de los románticos. Es decir, de los que por el placer del riesgo se juegan la vida alegremente. Y en este siglo, metalizado y mezquino, siempre es agradable conocer a un romántico.

Pisaban ya una de las aceras de la anchurosa Avenida Lafayette. Daniel Sanders vigilaba, sin demostrarlo, los menores gestos del domador que, sin variar el tono, añadió:

—Tres sujetos acaban de esconderse tras aquel muro, Rex. Lo hicieron con torpe gesto de tigres al acecho. El hombre es incapaz de imitar a la fiera. Creo que sería preferible beber en el vagón.

—Buena pupila, Dujardin. Yo no he visto a nadie.

—El muro cubierto de anuncios de «Cocktail Gumm». Altero el programa, Rex. Quiero mucho a *Madame* Dujardin, y me dolería que estropeara sus bellísimos ojos llorando una prematura viudez.

—Yo soy soltero. Hasta luego.

Desconcertado, cambió Daniel Sanders de acera, manos en los bolsillos, echándose hacia atrás el «Stetton» de anchas alas.

Trataba de silbad «Sesteando en el heno». ¿Tres?... ¿Jack Villers, Perry y Gartyn habrían escapado?

Apresuró el paso para doblar la esquina... Si eran ellos, no se acercarían, sino que dispararían.

En salto repentino se hundió en la escalinata que conducía a un rellano inferior al suelo, que daba acceso a una droguería, que ahora, tenía echados los cierres metálicos.

Con el flexible «Stetton» bajo el sobaco, vio Daniel desfilar tres pares de zapatos.

—Escapóse —oyó decir.

—Mejor habría sido salirle al paso y decirle que el sargento Lefer nos envió a custodiarle —replicó otra voz.

—Puede creer que le perseguimos y no me hace gracia la idea. Todos esos tipos de circo están algo mochales.

—Vámonos. Se nos escapó... —Fue apagándose la tercera voz, que denotaba un matiz de alivio.

Esperó Daniel Sanders unos instantes. Después, calado el sombrero, volvió a subir.

—Por suerte ya queda poco para abandonar Seattle —murmuró en voz alta—. Tengo hartura de espías, escoltas y sargento Lefer. Soy un vaquero viajante, y nada más... ¡recontra!

Y exhalada la palabra más recia que le permitía Raymond Sanders, Daniel encaminóse de nuevo hacia el circo.

¿André Dujardin? Hasta que no, apareciera Graham Lefer, tendría que estar vigilando al domador.

Dujardin estaba en el vagón, en compañía de Candy. Tendíase en el mismo camastro donde aquella misma tarde Hank Storm había encontrado la muerte.

—Podemos dormir, Rex. Usted y yo quedamos libres de desmontar el toldo y ayudar a los tractores. Dentro de poco rodaremos camino de la estación y colocarán la serie de vagones sobre los rieles. Mañana estaremos en la hermosa Frisco. Y mi esposa se reunirá conmigo. Buenas noches.

—Felices sueños.

## CAPÍTULO XIII

### EL CIRCO SE VA...

Graham Lefer desvió apuradamente el estiletao dirigido contra su cuello. Torció la muñeca agresora, y sin miramientos al sexo de su rival, hincó su puño en el centro de la silueta.

Arrancó la capucha y la capa a la que desarmada y con mueca de dolor cruzóse de brazos, lívida.

—Buenas noches, *Madame*. Por un instante, creí que era usted Betty Blondel. Siéntese, hágame el favor. Quedan unos puntos por aclarar muy importantes:

—¿Quién es usted?

—Sargento Graham Lefer, de la Policía Montada, ocasionalmente al servicio de la «F. B. I.». Ella se sentó, relucientes los ojos.

—Han confesado ya los demás.

—Nadie puede confesar lo que yo misma ignoro.

—Movilicé muchos agentes, *Madame*. Averigüé que usted precedió al circo, viniendo a Seattle en avión. Que no visitó ningún especialista. Pero en cambio alquiló esta casa amueblada, sin habitarla, tan sólo cuando recibía a Sojo Nara.

—No sé de lo que me habla.

—Tal vez le hará recobrar el sentido común, la detención de su esposo.

—¡André! El pobre... Lo ignora todo.

—Es mejor, *Madame*. No he detenido a su esposo, aunque sospechaba también de él. No le pasará nada, si usted habla.

—Pobre André... Yo quería que nos fuésemos a Francia. Me relacioné en Yokohama con un japonés, que me dijo que me daría una contraseña para entregar a Sojo Nara determinados peces de platino que Hank Storm transportaría, para evitar que sospechasen de mí.

—¿Esos peces de platino los consiguió usted?

—En Honolulu. Pero era peligroso viajar con ellos, encima, por si sospechaban de mí. Los entregué a Hank Storm, que, a su vez, debía entregarlos a Sojo Nara.

—Acompáñeme, *Madame*. Ha habido demasiado folletín en sus métodos. Ya averiguará el Departamento encargado de ello, si es su primera actuación. ¿Qué objeto tenía el entrevistarse aquí con Sojo Nara? No lo comprendo.

—Él debía pagarme.

—Vamos.

—Un favor, si es posible, sargento.

—Diga.

—¿Podría mi marido ignorar...? Yo le iría escribiendo como si estuviese en una clínica... Si lo supiera...

—Debió pensarlo antes.

—Si lo supiera, se haría matar. Su trabajo es muy peligroso y requiere permanecer sereno.

—Veré de complacerla. También el camino que usted eligió era peligroso, *Madame*.

—No he dado muerte a nadie.

—Se averiguará.

Fue dócilmente como *Madame* Dujardin acompañó al sargento Graham, Lefer. No hacía más que murmurar el nombre de su marido.

\* \* \*

Los transeúntes, las voces, el recuerdo de las recientes horas, la presencia de André Dujardin, mantenían a Daniel Sanders en completa lucidez, pese a hallarse fatigado.

Tenía la seguridad de que Graham Lefer vendría a despedirse de él. Pero también sentía una gran curiosidad por saber qué misterio contenían los peces de platino... y, a la vez, una gran desilusión.

Comprendía que Betty Blondel estaba atareadísima, con su gran reportaje. Pero le hubiera gustado despedirse de ella.

Adivinaba que, como muchas de las norteamericanas, la periodista ocultaba, bajo un exterior voluntariamente vulgar, el eterno femenino.

Y era deliciosa, cuando allá en el «Mónico» lloraba mudamente, abandonada, deseando compañía.

En su mente, presentóse sinuosa, voluptuosidad encarnada en prieta figura apasionada, la silueta vibrátil de la mejicana Leonor que, inconscientemente, había provocado una tragedia.

Y en zarabanda de mentales evocaciones, vio a la hermosa y sazónada *Madame* Dujardin, con su afán de folletines; la tigresa adorada por el domador...

El vagón acababa de detenerse, tras descender por una trampa, y notó el impacto de las ruedas de hierro contra los rieles.

André Dujardin no roncaba. Respiraba acompasadamente, con ritmo igual, tranquilo, de conciencia sin turbios posos.

Daniel Sanders no se había desnudado. Vistióse la americana, cogió su sombrero, y, pisando tenue, abandonó el vagón.

Tuvo que saltar a un costado para no caer entre los rieles. Todo era ajetreo en la vía lateral de la gran estación.

Y girando la vista en rededor, sonrió. Veía acudir con grandes espavientos a Betty Blondel que agitaba, al extremo de su brazo, un rollo de papel.

—Hola, hola, Tom Mix —saludó ella, jadeante—. He llegado a tiempo... ¿Quiere leer las galeradas de mi gran reportaje? Se las he traído para que compruebe que he respetado su deseo.

—Mañana las leeré, Betty. ¿Y el viejo tirano, qué?

—Hizo acto de contrición y echó un rapapolvo al que había dicho que yo estaba despedida. Es un caimán, pero le aprecio... porque ya hace, tiempo que mutuamente nos llevamos como perro y gata.

—Éste es el principio del amor.

—No hay sitio en mi corazón para ningún hombre... hasta ahora. Es curioso, Rex... Me parece que hace años que nos conocemos, usted y yo. Y ahora usted se va.

—Y usted se queda.

—Yo le estoy muy agradecida. Y reconozco que es un caballero andante, de esos que en los siglos feudales andaban por los castillos salvando doncellas y aplastando dragones.

—No hubo dragón y usted se salvó sola.

—Un verdadero caballero andante hacía igual.

—¿Qué hacía?

—No darle importancia a las cosas. Ya me he enterado que está usted a partir un piñón con la Venus mejicana. Merece usted algo mejor, Rex.

—Démelo.

—No sea osado —rió ella, algo forzosamente—. Voy y vuelvo. Tengo necesidad de un informe de Maxence. Ahí viene el sargento Lefer, que es un guasón muy serio. Vendré en seguida, Rex.

Graham Lefer, rostro tallado en bronce, parsimonioso y nítido en su atuendo de paisano, se acercó:

—Dejé la prioridad a Betty. Entre hombres de nuestra categoría, señor Sanders, resulta superfluo el ser modestos.

—Yo no lo soy. ¿Y usted?

—Debo reconocer que su actuación ha sido digna de todo elogio. A veces los procedimientos directos y cándidos, dan mejor resultado que los planes maquiavélicos. He venido a desearle buen viaje y hacerle constar que nuestras relaciones, que empezaron poco cordialmente, han experimentado un cambio muy beneficioso. Su padre estará satisfecho cuando le cuente...

—¿Y no podría contármelo usted a mí, sargento? Su flema es excesiva. Usted ya sabe que no tengo ni la más remota idea de lo que ha sucedido.

—Usted fue el gatillo, pero ignora las dianas. Martens, Li-Han y Pancho, abandonaron el circo, cuando usted perseguía por la jaula a Sojo Nara, pero ya mis refuerzos, que habían puesto a buen recaudo a Gartyn y Perry, se hicieron cargo de los tres fugitivos. Pancho dio algún trabajo.

—¿Quién mató a Hank Storm? —masculló entre dientes Daniel Sanders, sintiéndose a punto de estallar.

—Li-Han. Llevaba el cinto de Storm. Había empleado y no de los puñales de Pancho. ¿Los peces?

—¡Recontra! ¡Sí, los peces! No hacemos más que hablar de peces y todavía...

—Eran verdaderas obras de arte. Aplastadas miniaturas de platino, conteniendo un dispositivo que reducía a polvo, por acción de ácido corrosivo, unas delgadísimas hojas de papel, si quien los abría no observaba toda clase de precauciones, tal como han hecho los del laboratorio del «F. B. I.».

—¿Qué contenían las hojillas?

—El plano exacto, de los submarinos anclados en Honolulu. Un gran servicio.

—¿Por qué mató Li-Han a Storm?

—Li-Han era agente alemán. Supo adivinar que Hank Storm llevaba unos planos, y se los quitó.

—Bien. ¿Y el «Principal»?

—*Madame Dujardin*.

—¡Cáspita! Y allí dentro duerme el pobre...

—Lo mismo que ella dijo. Nada tiene que ver el domador. Creerá que su esposa quedó aquí en una clínica. Y tal vez, con el tiempo, el «F. B. I.» se decida a enrolar a *Madame Dujardin*... Oiga, Rex, ¿por qué no consiente usted en pertenecer al «F. B. I.»?

—Oh, no, amigo. Yo soy un hombre pacífico.

Miráronse ambos, sonrientes. Y el impasible Lefer cambió por completo, al reír, sinceramente regocijado.

Poco después arrancaba el tren compuesto, por las unidades de vagones del circo Brand.

Betty Blondel agitaba las galeradas recién impresas. Cuando ya sólo quedaba una estela de humo, ladeó el rostro, mirando, cohibida, al sargento Graham Lefer.

—Ridículo, ¿verdad?, pero estoy llorando.

—No se apure. Llevo gabardina.

—Es que... ¡era... tan gran señor!

—Hay opiniones muy diversas, pero en fin, de acuerdo estoy en que era un caballero.

En el viraje, el convoy formado por los vagones anaranjados, pareció formar un largo interrogante en su marcha hacia San Francisco.

—No quise despedirme de él, porque me hubiese mirado con el terciopelo que tenía en las pestañas y yo... hubiera sido capaz de cometer una tontería.

—Hay tonterías muy inteligentes, Betty.

—¿Por qué no nacería yo hace un siglo, sargento? Soy una sentimental.

—También a su modo lo es Rex Fox. ¿No le parece que está demasiado ventilado este paraje, Betty?

—Usted es un insensible instrumento del engranaje policial, incapaz de romanticismos.

—Nací un siglo tarde, también, y no puedo remediarlo. Acépteme una taza de café... y tal vez le dé una idea que le permitirá visitar San Francisco y volver a ver a su caballero de los ojos de terciopelo.

—¡Sargento! —Y, enlazándose ella del brazo de Lefer, rió entre lágrimas—. ¡Yo... pago el café!

\* \* \*

Candy aproximóse al camastro desde el que Daniel Sanders acababa de agitar los dedos en llamada silenciosa.

—¿Por qué no estás ya durmiendo, pecoso?

—Vigilo, señor Rex —replicó el muchacho, con misteriosa entonación y ojeadas de conspirador—. Usted es como... mi hermano grande, y yo... no dormiría tranquilo.

Con intuición psicológica, comprendió Daniel Sanders que no debía burlarse del huérfano.

Le tendió los tirantes con la doble funda pistolera...

—Muy bien, Candy. Vigila, que así podré dormir tranquilo. Y me sacudes por el hombro si alguien viene a atacarme.

—Descuide, señor Rex —afirmó, orgullosísimo.

Y antes de dormirse, Daniel Sanders pensó que tal vez la felicidad de Candy debíase no sólo a haber encontrado un afecto, sino también a la idea de que era alguien útil.

También allá, en el Valle del Blue River, un caballero yanqui dormiría, complacido, porque un tal Rex Fox había demostrado en pocas horas que no era un inútil camorrista amante de pependencias.

La canción de los rieles acompasó el sueño tranquilo de Daniel Sanders, Rex Fox, en su ruta hacia lo ignoto; hacia San Francisco, la siempre turbulenta Frisco.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi (1914-1982) es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel.

Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmó sus obras como P. V. Debrigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.